



CHRISTUS

Revista Mensual

Aprobada y bendecida por el Uble.
Comité Episcopal

Bendecida Especialmente por
SS. SS. Pío XI y Pío XII

Año 5 - No. 58

"Omnia et in Omnibus Christus"

10. de Septiembre de 1940

SECCION DOCTRINAL

Los valores morales del Antiguo Testamento

Los cañones más pesados no disparan hoy día, contra los valores religiosos, sino contra los valores morales del Antiguo Testamento. Los últimos ataques contra la instrucción bíblica en la escuela se fundan en que se dice que el patriarca Jacob, estafador de la herencia, y el José de Egipto, acaparador de trigo, y otros monstruos, no son modelos morales para los niños de las escuelas. Por esto, a las escrituras del Antiguo Testamento, en las que todas las conferencias cristianas ponen las manos con respeto, se dieron nombres infames que no se pueden repetir en este lugar sagrado. Por esto, este segundo sermón de Adviento, ha de tratar de los valores morales del Antiguo Testamento y su valorización en el Evangelio.

La Epístola de la presente dominica comienza con estas palabras de San Pablo: «Todas las cosas que han sido escritas», en los libros santos, «para nuestra enseñanza se han escrito». El Espíritu de Dios que ha inspirado las Sagradas Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, no es solamente un Espíritu de verdad religiosa, sino también un Espíritu de santidad y de pureza moral.

Por esto, sus libros no son únicamente libros de enseñanza en el orden religioso, sino que son también libros de enseñanza en el orden moral. Con el estudio y la meditación de las Sagradas Escrituras, debemos no solamente aumentar la fe, sino también hemos de mejorar moralmente. Hoy tratamos solamente de las Sagradas Escrituras del judaísmo pre-cristiano.

LUCES DE LA MORAL DEL ANTIGUO TESTAMENTO

1º — La primera regla de toda conducta moral es la voluntad de Dios. Por esto piden los salmos: «Señor, señálame tus caminos. ¡Envíame tu luz para conocer tus caminos! ¡Cíñeme con tu fuerza para recorrer tus caminos y perseverar en ellos sin desviación!» En los diez Mandamientos del Sinaí, está expresada la voluntad de Dios en una fórmula brevísima, pero inmensamente profunda. La sana razón humana también hubiera podido descubrir los diez Mandamientos en el derecho natural. También la sabiduría humana podría descubrir que no se puede matar, ni engañar, ni robar al prójimo, si se quiere formar una vida social digna del hombre.

Pero estos diez mandamientos recibieron luz más clara y más autoridad y quedaron invariables para la voluntad humana, porque como revelación divina están firmados con el nombre de Dios. Así quiero tener ordenada tu vida personal y tu vida social dentro de la comunidad de los pueblos, dice el Señor: «Debes creer en un solo Dios, no usar su nombre en vano, santificar su día. Debes honrar padre y madre, no matar, no quebrantar la fidelidad conyugal, no robar y no mentir». Estos diez Mandamientos son los eternos valores fundamentales de la moralidad ordenadora del mundo, las eternas leyes fundamentales para toda comunidad de pueblos, las eternas medidas para todas las leyes de Estado y fuentes de derecho, la eterna piedra angular para toda vida moral de la familia, el candelabro de diez brazos cuyas luces aun hoy brillan.

El Decálogo escrito en las tablas del Sinaí, se eleva en su valor moral sobre todas las leyes de la antigüedad pagana. Especialmente en dos aspectos: Primero, porque en el Decálogo, el orden moral está basado sobre el concepto religioso de Dios. En la primera tabla están los deberes morales del hombre, respecto a Dios. Adorarás al Señor, tu Dios, honrarás su nombre y santificarás su día.

En la segunda tabla están las obligaciones morales del hombre para con el hombre: Tendrás como sagrada la vida de la familia, respetarás la vida y salud de tu prójimo, no quebrantarás la fidelidad prometida y respetarás la propiedad y la honra del prójimo.

Por lo tanto, donde no existe el temor de Dios, donde no hay religión, no hay ningún respeto a los derechos humanos, ninguna moral de los pueblos. La ley del Señor no se puede separar del Señor de la ley. En el mundo no se llegará a tener un orden moral, y mucho menos el paraíso que muchos sueñan, si el orden moral no está fundado sobre la fe en Dios.

La segunda gran ventaja es que en el Decálogo no se prohíbe solamente la maldad externa, sino que también se ordena la in-

tención interna y se somete a la voluntad de Dios. «Sed santos, porque Yo, el Señor, Dios vuestro, soy santo» (Lev., XIX, 2; XXI, 8). Los leyes de Babilonia no alcanzan esta grandeza moral, pues sus buenas enseñanzas son esclavas de supersticiones y fórmulas mágicas y sus dioses, sobre todo lo diosa Istar, no son dechados de moralidad. Por lo tanto, viene de los diez Mandamientos del Sinaí, la luz más clara de la doctrina moral del Antiguo Testamento.

...

2º — Es adecuado a la esencia más íntima de la Biblia, del libro de la Verdad, que en ella resalte tan fuertemente la virtud moral de la veracidad y que esté condenada toda mentira y todo motivo de doblez en las palabras. El octavo mandamiento: «No levantarás falso testimonio contra tu prójimo» (Exod., 20, 16), es especialmente una ley protectora de la veracidad. Para comprender la verdad, es menester que uno sea veraz. No se debe vacilar entre la verdad y la mentira. «Es una tacha infame la mentira en el hombre» (Eccli., XX, 26). Es manera farisáica hablar con «corazón doble» (Ps. XI, 3). Existe otra ley que, a primera vista, podría extrañarnos: «No uncirás un buey y un asno juntos al yugo, no llevarás al mismo tiempo trajes de invierno y de verano» (Deut., XXII, 10 y 11). En el lenguaje simbólico de los orientales, esto también equivale simplemente a una mandamiento: «Debes evitar toda doblez y la contradicción interna».

...

3º — Luces claras de doctrina moral del Antiguo Testamento brillan en el libro de los Proverbios y en los demás libros sapienciales. En estos libros encontramos por de pronto reglas de decoro y de salud para la vida cotidiana; en la mesa no debe uno exigir para sí el mejor asiento y los mejores bocados (Prov., XXIII, 1 y 3); Eccli., XXXI, 12, 21). No se debe escuchar detrás de la puerta (Eccli., XXI, 27) y tampoco frecuentar la casa del vecino (Prov., XXV, 17).

Hay mezcladas reglas proverbiales de la vida, de las que muchas fueron recibidas en el tesoro de refranes de nuestro pueblo: «Nada aprovecharán los tesoros mal habidos» (Prov., X, 2). «A la caída precede la soberbia» (Prov., XVI, 18). «Costumbre mal adquirida en la juventud, envejece con nosotros» (Prov., XXII, 6). Estas reglas de educación y de conducta, podrían encontrarse también en un sabio indio o árabe. Prueban únicamente que también la vida cotidiana se ha de fundar sobre el orden moral.

Pero después, los libros sapienciales de la Biblia anuncian sabiduría más elevada. No la sabiduría de la calle, ni la sabiduría de las escuelas doctas, sino el orden de la vida, según la divina voluntad, cuyo principio y corona es el temor de Dios (Prov., I, 7). «Temer a Dios y huir el pecado», es la sabiduría de los libros sapienciales (Job., XXVIII, 28). La frecuente expresión:

«Escucha hijo mío» y su tono doctrinal, indican que estos libros han servido para la educación de la juventud. Por esto se exige muy a menudo el respeto a los padres, el respeto a los ancianos (Prov., XVI, 31) y el respeto a la mujer (Prov., XIV, 1).

Aquí resplandece una luz muy clara de los libros sagrados: En el Oriente no bíblico de aquellos tiempos, la mujer era una esclava sin derechos, y en aquella época, en los libros bíblicos se llama a la mujer corona de honor del hombre (Prov., XII, 4). Y en el cuarto Mandamiento, «honrar padre y madre», la madre equivale al padre en autoridad ante los hijos. Tal estimación de la mujer no fue revelada por la carne y sangre de los pueblos orientales.

En el capítulo final del libro de los Proverbios (XXXI, 10-30), se entona un himno de alabanza a la mujer ideal y se pinta el retrato de una mujer, conforme al gusto de Dios, y figuran los siguientes cinco rasgos de carácter: Devoción a la familia, alegría en el trabajo y en el gobierno de casa, suavidad y consideración para con la servidumbre y los pobres, educación espiritual y religiosidad. Es éste un eterno espejo en que las mujeres de todos los tiempos pueden mirar su conciencia. Otro eterno espejo semejante para los hombres, está en el capítulo XXXI del libro de Job.

Allí se alaba a un hombre que tiene el dominio de sí en su moralidad, en su conyugal fidelidad, en su honradez en el comercio y en los negocios (seguramente era un comerciante); que respeta los derechos de los criados y de los obreros, que siente compasión con los pobres (su puerta está abierta para el que no tiene techo y la lana de sus ovejas abriga al que tiene frío). A los ojos del Altísimo Señor del cielo, son iguales el patrón y el obrero. Ambos capítulos, espejo para la mujer el uno y para el hombre el otro, son los puntos culminantes de la doctrina moral del antiguo tiempo bíblico.

4° — Hasta las leyes alimenticias del Antiguo Testamento debían ser preceptos de orden moral, sobre las que se hicieron comentarios grotescos. No debéis comer de la carne de un animal que ya fue gustada por otro animal (Exodo, XXII, 31). «No debéis manchar vuestra alma, comiendo un animal que se arrastra por la tierra» (Lev., XI, 44). Tales leyes acerca de los alimentos, quieren decir: Debéis alejaros de todo lo que se parece al animal y apartaros de todo lo que es polvo y serpiente. En la imagen de la Inmaculada, que pone el pie sobre la serpiente en el polvo, está expresada pictóricamente la misma idea: Apartamiento de todo lo brutal y apartamiento de todo lo pagano.

La cantidad de prescripciones sobre lo que los israelitas podían comer según la ley de Moisés y lo que no podían comer, recuerda las palabras de San Pablo, «yugo» de la ley (Gal., V, 1). Nos preguntamos si realmente los niños de aquellos tiem-

pos aprenderían de memoria estas largas listas de comida, con la distinción de animales puros e impuros. El sentido de todas estas leyes sobre alimentos era: No debéis tener comunión de mesa y ninguna clase de trato social con los paganos, en cuya mesa había carne de cerdo (Lev., XI, 7 y 8) y otros animales que son impuros para vosotros. Por lo tanto, estas leyes sobre el alimento tuvieron que levantar un muro de separación entre judíos y gentiles. Estas leyes sobraron cuando se quitó este muro en la revelación al apóstol San Pedro (Hechos, XI, 6-10).

5° — Las luces de la moral del antiguo tiempo bíblico resaltan más claramente en sus retratos vivos de grandeza moral que en sus párrafos áridos. El patriarca José, en el país del destierro, ve venir la hora en que predice el tiempo en que se ha de reunir con sus padres. No ha sido un usurero traficante en trigo. Como hombre previsor e instrumento de la Providencia, durante los años de abundancia, guardó en los graneros del Rey, el trigo sobrante.

No lo había lanzado al mercado mundial de los beneficios, lo había reservado para los años malos, y así salvó al pueblo de la muerte por hambre. Esto no es ser usurero de trigo, sino prestar un enorme servicio al pueblo sin ningún enriquecimiento propio. Luego, como ya lo hizo su padre Jacob, (Gen., XLIX, 29), reune a sus hijos alrededor del lecho de muerte: «Después de mi muerte os visitará Dios y os sacará de esta tierra para la tierra que tiene prometida a nuestros padres. Entonces transportad de este lugar, mis huesos con vosotros» (Gen., I, 23 y 24 Exod., XIII, 19). Allá en la tierra de promisión llegará por fin el Salvador y entonces cubrirá su sombra el sepulcro del Patriarca en Mambre: ¡Qué grandeza moral expresa esta fe en la palabra de Dios! La incredulidad es obscuridad, la fe es brillante resplandor y hasta convierte en luz clara la obscura hora de la muerte.

Otro luminoso modelo de grandeza moral es Moisés, el guía del pueblo, el legislador más grande del mundo antiguo, instruido en todas las sabidurías de los egipcios y en posesión de la taumaturgia celeste. En el camino de su vida, se levantan como hitos, tres montañas: El Horeb, en donde, desde la zarza ardiente, es llamado y se le confía una misión; el Sinai, donde en íntimos coloquios mantiene conversación con el Señor; el Nebo, desde cuyas alturas saluda de lejos la tierra bendita.

Miguel Ángel cinceló en mármol este gran caudillo, y el arzobispo Pyker lo celebró en un poema.

Grande fue Moisés cuando levantó la varita milagrosa y confundió con ella a los hechiceros egipcios. Más grande aún, cuando tronó contra la danza alrededor del becerro de oro y rompió contra la peña, con ira santa, las tablas de la ley. Sublime, cuando declaró ante el Señor, que estaba dispuesto a sacrifi-

car su vida por su pueblo rebelde: «Señor, o perdónales ese pecado, o bórrame del libro de la vida» (Exod., XXXII, 31). ¡Qué grandeza moral, qué amor más fuerte que la muerte hacia el pueblo, se desprende de esta oración del gran caudillo!

Un tercer ejemplo de grandeza moral es el paciente Job. ¡Con qué maestría se describen las luchas de su alma en el libro que lleva su nombre! Primero una palabra de tranquila resignación: «Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos también los males?» (II, 10). Pero, luego, se subleva la naturaleza, que no quiere sufrir, y con grito de impaciencia maldice el día en que nació. Después, una indecisión entre la esperanza y la desesperación, entre querer vivir o querer morir. Y, finalmente, un victorioso final en las luchas del alma. «Se que vive mi Redentor» (XIX, 25). Job, no es un modelo de paciencia tranquila, es un modelo de paciencia luchadora; pero justamente por eso, es nuestro modelo. Nuestro modelo, porque también nuestra naturaleza se rebela contra el sufrimiento. Nuestro modelo, porque también nosotros hemos de creer en todas las luchas del alma: «Mi Redentor vive».

— II —

LAS SOMBRAS DE LA MORAL DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Defendemos el Antiguo Testamento contra el reproche de absoluta nulidad; pero de ninguna manera pretendemos pintar con demasiada claridad el cuadro moral del pueblo judío antes de Cristo. Como en todas las religiones y razas, la realidad de la vida ha dejado atrás el ideal de las leyes morales. Junto a tantas luces hay profundas sombras, junto a la verdad muchas mentiras, junto a la sabiduría mucha necedad, junto a la fe, mucha incredulidad, junto a elevados valores morales muchas cosas sin valor.

1º — La acusación más grande que hoy día se hace a la moral del Antiguo Testamento es que es una moral mercenaria. En estos últimos años se ha rechazado muchas veces, el cuarto mandamiento, como un mandamiento que no contiene espíritu alemán, pues lleva consigo la promesa: Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien y para que tengas larga vida. En el palacio de Deportes, de Berlín, los cristianos alemanes tomaron el 13 de noviembre de 1933, la siguiente resolución: «Esperamos que nuestra Iglesia nacional se libere de todo lo que no es alemán, en especial del Antiguo Testamento y de su jurídica moral mercenaria».

Es verdad: las personas piadosas del Antiguo Testamento también esperaron como recompensa por su devoción, bienes terrenales. Que sus trojes se colmasen de granos y que en sus hogares rebose el vino (Prov., III, 10). Que el temor de Dios traería también honras y larga vida (X, 27).

Pero, no es verdad, si se dice que con el cuarto mandamiento se les inculca a los niños un espíritu mercantilista con Dios y se fomenta y se santifica el afán de recompensa, que es impropio del espíritu del pueblo alemán.

Seguramente, lo sumo de la moralidad es emprender el camino de la virtud y conformar la conducta de la vida al ideal moral por puro amor de Dios y por el bien, sin ninguna esperanza de pago o recompensa futura. Pero semejante elevación sólo la alcanzaron los Santos, uno de los cuales dice: «No me tienes que dar porque te quiera. Pues aunque lo que espero no espera, lo mismo que te quiero te quisiera».

Al explicar a los niños en la escuela el cuarto mandamiento, el profesor inteligente, no alegará inmediatamente los motivos morales más elevados. También la generalidad de los hombres en las horas de cansancio y de debilidad confían en las promesas del Señor y esperan de El el bienestar y larga vida. Cuando viene alguno y jura que hace el bien únicamente por el bien, sin esperar ninguna recompensa, entonces le digo: Amigo, tú eres un santo, de los que hay pocos, o un hipócrita que se engaña a sí mismo.

¿Los enemigos de las promesas del Antiguo Testamento son tan ajenos a toda codicia, que por recompensa de sus trabajos no esperen jamás ni un aumento de salario un ascenso o cualquier otra recompensa? A la pregunta de los Apóstoles: «¿Cuál será nuestra recompensa?» (Mat., XIX, 27), Cristo contestó lo siguiente: «Será grande vuestra recompensa» (Luc., VI, 23). «Aprended de Mí que soy manso y umilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas» (Mat., XI, 29). Una doctrina moral que se establece para todos los hombres debe permitir que, al lado de las razones más perfectas, haya otras menos perfectas.

* * *

2º — Sobre la falta de moralidad en algunos relatos y textos aislados de los libros del Antiguo Testamento, se proyecta una sombra. Onán dió nombre a un vicio horrible. Tamar vendió su honra en un camino público. En ciertos lugares leemos la desvergüenza de Cam, de las hijas de Lot, de Rahab la cortesana de Jericó. En el libro de los Proverbios se trata de los aráides de una meretriz. En el Cantar de los Cantares hay algunos pasajes de escabrosa moral, y en el texto original hebreo aun resulta peor que en las traducciones, y lo mismo en el libro de Ezequiel.

Las Sagradas Escrituras cuentan estas cosas, muy humanas, con el lenguaje de su tiempo, en el estilo de un pueblo de pastores que conviven con la naturaleza. Pero las Sagradas Escrituras no aprueban con ello, alguna desvergüenza, ni calificaron de moral, la inmoralidad. Todo lo contrario.

También cuentan que a la desvergüenza sigue inmediatamente el castigo, como en el caso de Onán; y los Profetas claramente y sin temor, dijeron las verdades a todos los poderosos

de su tiempo, y anunciaron también al rey adúltero el castigo de Dios (2 Reg., XII, 10 y sig.). Como el Señor hace ministros de su obra santa a seres humanos y no a espíritus del cielo, aparece siempre visible en toda la humanidad.

Ningún fariseo afirmará que hoyan desaparecido estos vicios en los pueblos del Nuevo Testamento. La vida pública de nuestro pueblo ha sido, gracias a Dios, bastante purificada en los últimos meses y ha desaparecido mucha inmoralidad. Pero sería fariseísmo judaico si quisiéramos dar gracias a Dios, creyéndonos mucho mejores que otras razas y que nuestras grandes ciudades son jardines de virtud, en comparación con Sodoma y Gomorra.

En una cosa estamos de acuerdo: No debe ponerse toda la Biblia en manos de la juventud escolar aun no madura. La Sagrada Escritura está escrita para hombres moralmente maduros. Ya la sinagoga del Antiguo Testamento prohibía a la juventud el Cantar de los Cantares y el libro de Ezequiel, porque los vivos colores de algún texto, podían poner fuego en almas fácilmente inflamables.

Basta ofrecer a la juventud, en vez de la Biblia completa con sus 1.335 capítulos, una selección de las más hermosas historias bíblicas. Quien excluyera totalmente de las escuelas la historia de la Biblia, apagaría muchas estrellas en el firmamento de la niñez. Después de lo dicho, tampoco podemos aceptar en general la sentencia del profesorado de Bremen en el año 1905: «Las ideas morales del Antiguo Testamento son ajenas a nuestro tiempo». Esto se podrá admitir de algunos textos; pero, en general, el Antiguo Testamento sigue siendo la crónica del maravilloso arte pedagógico de Dios, considerando las debilidades de aquellos niños y alcanzando, a pesar de todo, su finalidad.

• • •

3° — El sentimiento cristiano encuentra un grave inconveniente en los salmos de maldiciones y en los cánticos de venganza del Antiguo Testamento. El cantor del salmo 69 reza: «Señor, acude pronto en mi ayuda», para aniquilar a los enemigos. El cantor del salmo 108 maldice a su enemigo, para que la maldición le envuelva como un vestido, que penetre en sus entrañas como el agua que bebe y que cale sus huesos como el aceite con que se unge.

El cantor del salmo 138 afirma ante Dios, que odia a sus enemigos con odio ardiente. Estos enemigos, que probablemente son los hombres de Heliodoro, profanador del santuario, para el salmista, vigilante custodio del santuario, son como enemigos personales, y en su celo por el honor de Dios cree poder imitar la maldición que Dios pronunció contra toda la descendencia de la serpiente. En otros cánticos de venganza, puede notarse la idea de vengar el homicidio, lo que en aquellos tiempos era costumbre.

Cristo terminó con estos cánticos de venganza. «Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente» (Mat., V, 38). «Yo os digo más: Amad a vuestros enemigos. Haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian» (V, 44). Desde muy antiguo resuena esta maldición: Por Lamech se tomará venganza, no sólo siete veces, sino setenta veces siete (Gen., IV, 24). A este antiguo canto de venganza, que es el primer cántico de la Biblia, Cristo en el Nuevo Testamento ha contrapuesto que al hermano que falló, se le debe perdonar no solamente siete veces, sino setenta veces siete (Mat., XVIII, 22).

Estamos aquí ante aquel mandamiento de la moral cristiana que el alma germana tiene más dificultad en admitir. Con el mandamiento del amor al enemigo, no se quita la obligación de amarse a sí mismo y el derecho a la conservación propia; pero en el reino de Cristo, junto a la fuerza de acción existe también una fuerza de sufrimiento, junto a la virtud activa las virtudes pasivas de la paciencia y de la caridad que perdonan, que contienen en sí más fuerza y grandeza moral que las virtudes activas. No hay término medio: O somos discípulos de Jesucristo o recaemos en el judaísmo del antiguo tiempo de la Biblia y en sus cánticos de venganza.

• • •

4° — Una grave dificultad existe en muchas figuras bíblicas. Para los enemigos del Antiguo Testamento, el patriarca Jacob es proverbialmente el verdadero Jacob, un captador de la herencia y un embustero. En combinación con su madre, captó subrepticamente su padre ciego la primogenitura, y de este modo quitó a su hermano Esaú el derecho de ella.

La Sagrada Escritura cuenta esto sin aprobarlo. No tratamos de lavar la ropa sucia defendiendo al patriarca Jacob del reproche de engaño. La falta de Jacob es realmente una gran mancha sobre el carácter de su vida.

Como todo lo de los tiempos pasados, también se han escrito estas historias bíblicas «para nuestra enseñanza». El Todopoderoso también puede escribir derechamente sobre líneas torcidas, y dirigir así al bien, la maldad de los hombres, para sus santos proyectos. El derecho de primogenitura no sólo era el derecho de heredar las tierras y demás fortuna. El derecho de primogenitura entre los Patriarcas confería al mismo tiempo el derecho a la promesa vinculada en el linaje del que había de quebrantar la cabeza de la serpiente.

Con el traspaso de este derecho de Esaú a Jacob, se estableció que este derecho no era privilegio del primogénito, ni dependía de la carne y sangre, sino que el Señor se reservaba la libertad de predestinar, para elegir también al segundo-génito como ascendiente del Ungido de Dios.

Una sombra de mentira hay también en la conducta de la valerosa Judit de Betulia. Su ciudad natal está en peligro gravi-

simo, por la guerra y asediada de los asirios. Si no llega pronto ayuda, quedará perdida toda la ciudad con sus habitantes. Y esto, en aquellos tiempos, según el derecho de guerra, significaba muerte y destrucción. Entonces se adorna Judit con sus mejores joyas y sale de la ciudad hacia el campamento de los enemigos para asesinar a Holofernes. A las patrullas avanzadas declara, mintiendo, que deseaba pasarse a los enemigos, pues la causa de su pueblo estaba perdida. Con una nueva mentira se abre paso para llegar a Holofernes, se gana con engaños su confianza y le corta la cabeza (Judit VIII-XV).

Judit obró, sin duda, de buena fe, creyendo que mediante el precio de una mentira podía salvar a su pueblo y a su patria. Mas, luego intervienen los guardianes de la moral y declaran en un libro muy leído: «El Antiguo Testamento es un libro lleno de mentiras y engaños judaicos». Pero en este caso, se puede preguntar: Si nuestro pueblo y patria estuviese tan seguro de su hundimiento como Betulia, y vosotros pudiérais salvarlo con una mentira, ¿permitiríais que se hundiese y diríais con vuestra delicada conciencia: No se debe mentir? ¿Creéis sinceramente colocar un nivel moral inferior a la mujer heroica de la Biblia con su cántico de alabanza a Dios que a la Kriemhilda alemana con su canto de odio? El que de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra sobre la heroína de Betulia. Judit, a pesar de su mentira, sigue siendo un modelo para la juventud femenina, no porque mintió, sino porque amó a su pueblo y a su patria.

• • •

Muchos ojos ven una sombra en el autor del libro del Eclesiastés. El autor de este librito, que lleva el nombre de «Eclesiastés» o «predicador», recorre largos caminos equivocados, hasta llegar a creer en Dios y en la otra vida. Nos describe, con aquella misma ingenuidad con que San Agustín escribió sus Confesiones, estos errores de su juventud.

Primero quiso disfrutar de la vida, según la doctrina de los epicúreos, que dicen que se debe comer y beber y pasarlo lo mejor posible. Además, estando equivocado acerca de Dios, declaró todo como un engaño: *Omnia vanitas*, y perdió la fe de su juventud.

Pero, al fin, encontró nuevamente a su Dios, y por eso dice a sus contemporáneos: «Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud». Dios juzgará todo, el día del juicio (Ecl., II, 1 y 14). Este hombre, a pesar de sus extravíos, es un modelo para la juventud masculina, no porque ha errado, sino porque volvió a la fe con buena voluntad y la gracia de Dios.

También esto escribió para «nuestra enseñanza». Los personajes bíblicos no fueron santos consumados. Ellos han sentido en el alma, la ley del espíritu y «otra ley en la carne» (Rom., VII, 23). Pero, fueron lo suficientemente honrados para reconocer sus faltas y para dejar sus caminos torcidos; precisamente, por esto son modelos de moralidad, para la juventud de todos los tiempos.

pos. La fuerza de la gracia de Dios se completa precisamente en la flaqueza de la naturaleza humana (2. Cor., XII, 9).

Cristo no apagó las luces de la moral del Antiguo Testamento. Ha perfeccionado en el Evangelio, los valores morales de los tiempos antiguos. Ha señalado al esfuerzo moral, fines más elevados, ha dado más elevación a la edificación del orden moral y ha otorgado a las almas que luchan, gracia más abundante. «Cuanto más abundó el pecado, tanto más ha sobreabundado la gracia» (Rom., V, 20).

Cristo también ha extendido el valor a los diez Mandamientos, de tal manera que sobre ellos ha fundado el orden moral cristiano, y les dió más valor, proclamando nuevamente los mandamientos de Moisés, como mandamientos suyos propios. «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mat., XIX, 17).

Cristo ha reducido toda la multitud de preceptos del Antiguo Testamento a un precepto, el del amor; por eso, como dice su discípulo, el amor es el cumplimiento de toda la ley del tiempo antiguo (Rom., XIII, 10). No tenemos derecho alguno para declarar inmoral lo que Cristo declaró moral y lo que ha incluido en su Evangelio.

• • •

Pero, podemos y debemos librarnos de las sombras morales del Antiguo Testamento. El grito de nuestros días: «¡Fuera el Antiguo Testamento!», puede significar para nosotros solamente esto: ¡Fuera las manchas del Antiguo Testamento! Fuera todo lo que eran Cam, Onán y Tamar! «Hermanos, sois llamados a la libertad de hijos de Dios», escribe el Apóstol, habeis sacudido el yugo de las antiguas leyes, pero «cuidad de esta libertad no os sirva de ocasión para vivir según la carne» (Gal., V, 13).

El ¡fuera el Antiguo Testamento!, significa para nosotros únicamente: ¡Fuera el fariseísmo!, que habla tan poco de tantas luces del Antiguo Testamento y que habla tanto de sus pocas sombras, que en su propio pueblo sólo ve luces y en otros pueblos nada más que sombras. ¡Fuera los cánticos de maldición y venganza del Antiguo Testamento! El odio no es ninguna virtud cristiana, sea quien fuere contra quien se dirija. Venganza es volver a los antiguos tiempos judaicos. ¡Guardémonos en las sombras de la antigua moral judaica!

Cuanto más impetuosas irrumpieron las pasiones de la estragada naturaleza en algunas figuras del Antiguo Testamento, hasta entre los ascendientes masculinos y femeninos de Cristo, tanto más perceptible fue el clamor de los remedios suspirando al Redentor.

A pesar de todo, había algo meramente grande en el ansia con que antes de Cristo el género humano ansiaba el Redentor, en su «persistencia en la esperanza». Los justos del Antiguo Testamento no le habían visto, y sin embargo, creyeron en El. Con su fe y su anhelo, desde lejos le salieron al encuentro.

Cardenal Faulhaber.

“Namen Virginis Maria”

(Lc., I, 27)

Es cosa normal en la Biblia que, cuando Dios tiene algún designio sobre alguna persona, indica el nombre que debe llevar: «Nec ultra vocabitur nomen tuum Abram; sed appellaberis Abraham quia (que es lo que el nuevo nombre significa) patrem multarum gentium constitui te» (Gn. 17, 5). «Nequaquam Iacob appellabitur nomen tuum, sed Israel; quoniam si contra Deum fortis fuisti (el nombre significa: Contendit cum Deo), quanto magis contra hominem prævalebis?» (Gn., 32, 28). Pero sobre todo en el Nuevo Testamento: «Vocabis nomen eius Iohannem» (Lc., I, 13), que significa: Jahvéh hace merced. «Vocabis nomen eius Iesum (o sea Jahvéh salva), ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum» (Mt., I, 21). «Beatus es, Simon Bar-Iona... Et ego dico tibi, quia Tu es Petrus» (Mt., 16, 17).

Por consiguiente, se ofrece la pregunta: ¿Con qué intención se pondría el nombre de María a la Santísima Virgen? ¿Habría sido acaso por mandato del Cielo? ¿Qué significa?

* * *

1. — El nombre es aquello por lo que designamos a un individuo, de tal manera que nos recuerda inmediatamente su aspecto, sus costumbres, etc.

Por eso en la Biblia con frecuencia se habla del nombre, para indicar la persona, su excelencia, su autoridad: «Ecce ego mitam angelum meum, qui præcedat te... Observa eum et, audi vocem eius, nec contemnendum putes, quia non dimittet cum peccaveris, et est nomen meum in illo» (Ex., 23, 20 s.). «Quam admirabile est nomen tuum in universa terra» (Ps. 8, 2); Tu majestad y gloria es proclamada por doquier. «Santificetur Nomen tuum» (Mt., 6, 9): Seas honrado y glorificado como conviene a tu excelencia y perfecciones. «Nomen tuum invocatum est super nos» (Jer. 14, 9): estamos consagrados a tí, te pertenecemos. «Si quid petieritis Patrem in nomine meo, según mi intención, mi autoridad, mis méritos, como lo pediría yo personalmente, dabit vobis» (Jo., 16, 23).

Además, los hebreos, como los pueblos semitas en general, ponían nombres propios que tenían algún sentido particular.

A veces indicaban una circunstancia o un detalle más o menos importante: «Hæc vocabitur Virago, quoniam de viro sumptus est» (Gn., 2, 23). «Vocavit Adam nomen uxoris suæ, Heva — (Chauuah, Vida), eo quod esset mater cunctorum viventium» (Gn., 3, 20). «Concepit et peperit Cain, dicens: Possedi (Qanithi) hominem per Deum» (Gn., 4, 1). «Vocavit nomen eius Noe, dicens: Iste consolabitur nos» (Y^enachamenu; Gn., 5, 29). Tal uso es muy común en los hijos de Jacob (Gn., 29, 32-30, 24).

* * *

Otras veces son un testimonio de la fe y religiosidad de los padres. Así Miqueas (Mikayehu), Quién como Jahvéh? Natanael, Deus dedit; Isaias, Salud de Jahvéh; Ezequiel, Dios conforta, etc.

Algunos nombres son proféticos. Así un hijo de Isaias recibió el nombre de Sch'ar Yashub: «Qui derelictus est Iasub», dice la Vulgata (Is., 7, 3). Otro: Maher Schalch Chasch Baz: «Accelera spolia detrahere, festina prædari» (Is. 8, 3).

Unos son nombres de animales o de plantas: Zeb, lobo; Oreb, cuervo (ambos en Iud., 7, 25); Hagab, langosta (Act. 11, 28); Raquel, oveja; Débora, abeja; Jonás, paloma; «Tabitha, quæ interpretata dicitur (en griego) Dorcas», gazela o antilope (Act., 9, 36); Tamar, palmera; Susana, azucena, etc.

Otros expresan cualidades corporales: Labán, el blanco; Edóm, el bermejo; Arám, el alto, etc.

En algunos entra como componente el nombre de Dios, es decir, son teóforos, siendo esto más raro en nombres de mujeres. Así Eliezer, aquél cuyo auxilio es Dios (Gn., 15, 2); Elifaz, aquél cuya fuerza es Dios (Iob, 2, 11); Daniel, Dios es mi juez; Ezequías, aquél a quien Dios fortalece; Ananías, Jahvéh tenga piedad; Zacarías, Jahvéh se acuerda; Elisabeth, Jahvéh ha jurado; Jael, Jahvéh es Dios, etc.

* * *

Otros se refieren a un suceso particular: Simón zelotes, el celoso; o la tierra de origen, Jesús Nazareno; María Magdalena; o son patronímicos: Bartolomé, hijo de Tolmaí; Bar-Iona; Bartimeo; Barsabás; Barabbas; o son dos nombres juntos: Tomás Didymo, el gemelo; Juan Márcos; o son formas griegas de nombres hebreos: Jasón forma griega de Jesús, etc.

Naturalmente los nombres antiguos, Adán, Eva, Noé, etc., no eran hebreos, pues el hebreo es lengua relativamente reciente, pero fueron traducidos para mantenerles su fuerza. Otros eran impuestos sin hacer gran caso de su significado, sino por costumbre, como sucede entre nosotros. Por eso decían, cuando la circuncisión del Bautista: «Quia nemo est in cognatione tua, qui vocetur hoc nomine» (Lc., I, 60).

2. — Y viniendo ya al nombre de María, conviene observar que en el Antiguo Testamento, la única que le lleva es la hermana de Moisés y Aarón (Ex., 15, 20 &), en la forma Miryam, por lo menos según el llamado Texto masorético. Un hombre es llamado también Miryam (I Par. 4, 17); pero el griego de los LXX tiene Maróm.

En los LXX se representa el nombre de María por Mariám. En el sirio y el arameo por Maryam. Y en el Nuevo Testamento, cuando se trata de la Santísima Virgen, se dice en griego Mariám, o indeclinable o con genitivo Marias, dativo María. Cuando se trata de otras Marias se dice María, declinable. La Vulgata, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, tiene siempre María.

El nombre era muy común en tiempo de Cristo. Así cono-

mos a María, madre de Santiago o simplemente María Iacobi (Mt., 27, 56 &); a María Magdalena (Lc., 8, 2 &); a María, hermana de Marta y Lázaro (Lc., 10, 38-42), si acaso es distinta de la anterior; a María, la madre de Juan, llamado Márcos (Act., 12, 12); a María, cristiana de Roma (Rom., 16, 6). Y aun en la familia de Herodes hubo varias Marías, quizá por el significado de Dama o Princesa, de que hablaremos; pero en la forma Mariame o Mariamne, como leemos en las obras de Josefo Flavio.

En cuanto a su sentido, diremos primero, en general, que los «Onomástica sacra» de los griegos, suelen acumular muchos sentidos, como si todos le convinieran indiferentemente:

Domina, domina nostra, dominans, domina maris, illuminans, illuminans nos, illuminatio, illuminata, amarum mare, myrrha maris, etc.

San Jerónimo escribió un libro (*Liber interpretationis hebraicorum nominum*), una especie de adaptación de obras de Filón y de Orígenes. En él, entre otras cosas, dice: «*Mariam plerique aestimant interpretari: Illuminant me isti vel illuminatrix vel smyrna maris (smyrna, en dialecto jónico significa mirra). Sed mihi nequaquam videtur; melius est autem ut dicamus sonare eam stellam maris sive amarum mare, sciendumque quod Maria sermone syro (es decir, en arameo) domina nuncupatur.*»

Recuerda, pues, o propone seis sentidos. Y en cuanto a *stella*, hay que notar que ningún elemento del nombre María puede significar estrella. San Jerónimo sabía demasiado bien su hebreo, y tal vez escribió, como opinan muchos y como se lee en un códice que reproduce su *Liber interpretationis: Stilla maris*. Porque en Is., 40, 15 traduce muy bien la voz hebrea *Mar* por *stilla*, y el vulgo latino fácilmente pronunciaba e por i (como vea por *via*; *vella* por *villa*).

San Ambrosio, en su *De institutione virginis et S. Mariæ virginitate perpetua ad Eusebium*, dice: «*Dictæ sunt et antea Mariæ multæ; nam et Maria soror Aaron dicta fuit; sed illa Maria amaritudo maris vocabatur*; en cambio, prosigue, la Santísima Virgen significa: «*Deus ex genere meo*». Por qué significue esto, y por qué no significa lo mismo en ambos casos, no se ve.

Un autor (Otto Bardenhewer, *Der Name Maria*, 1895) reunió hasta sesenta y siete sentidos distintos, (algunos reductibles unos a otros), propuestos por diversos autores. Para mayor claridad, distinguiré entre las interpretaciones antiguas y las modernas, sin proponerlas todas, como es natural.

I) — Explicaciones antiguas:

a) — *Illuminans mare* (M^or Yam).

b) — *Stella* (o más bien *stilla*) *maris*.

c) — *Amarum est mare* (aunque más bien debería decirse Yam Mar).

d) — *Domina* (aunque más bien, en arameo, Maryah es dominus; Martha, domina).

e) — *Amaritudo* (de la raíz Marar: amarum esse; porque, se-

gún los rabinos, cuando nació la hermana de Aarón, ad amaritudinem perducebant (ægyptii vitam eorum» Ex., 1, 14).

f) — *Deus ex genere meo* (S. Ambrosio, como vimos).

Quizá la idea de iluminar viene del verbo hebreo que en una de sus conjugaciones significa hacer ver (el verbo *Ra'ah*). Hay una leyenda rabina, a propósito de «*Eduxit eos (a Abraham y los suyos) de Ur Chaldæorum*» (Gn., 11, 30), que dice que Dios los libró de morir en un horno (*Ur*) encendido por los caldeos. Por eso, en algunas recomendaciones del alma agonizante se lee: *Libra, Señor, su alma, como libraste a Abraham del fuego de los caldeos.*

De todas estas explicaciones, lo menos que se puede decir es que son «piæ explicaciones populares, sôno vocis potius adhærentes quam etymologiæ» (F. Zorell, S. I., *Novi Testamenti Lexicon græcum*, París 1911, sub voce *Maria*).

Sin embargo, han perdurado, sobre todo *Illuminatrix*, *Stella maris* (hecha popular por el *Ave, maris Stella*, que no parece anterior al siglo XI) y *Domina*. Conocidísimas son las reflexiones de San Bernardo, que se leen e nel segundo Nocturno de la Fiesta del Smo. Nombre de María. Y Santo Tomás de Aquino, que escribió *In salutationem angelicam, scilicet Ave Maria*, expositio (que puede leerse en el tomito XXXIV de H. Hurter, S. I., *Sanctorum Patrum Opuscula selecta*, Eniponte 1913), dice: «*Plena est gratia, et excedit angelos in plenitudine gratiæ: et propter hoc convenienter vocatur Maria, quæ interpretatur illuminata in se... et illuminatrix in aliis, quantum ad totum mundum; et ideo assimilatur soli et lunæ*» (n. 6). «*Meritum angelus reveretur Beatam Virginem, quia mater Domini, et ideo Domina est. Unde convenit ei hoc nomen Maria, quod syra lingua interpretatur Domina*» (n. 7). «*Convenit ei nomen Maria, quæ interpretatur stella maris: quia sicut per stellam maris navigantes diriguntur ad portum, ita christiani diriguntur per Mariam ad gloriam*» (n. 8).

San Buenaventura por su parte (Comm. in Lc. 1, 27), dice: «*Nomen eius myterio plenum secundum triplicem interpretationem per quam triplicem statum intelligimus salvandorum: actives per mare amarum contemplativos per stellam, prelatos per dominum*».

II) — Explicaciones modernas:

a) — *Magistra sive doctrix maris* (La Biblia complutense).

b) — *Exaltata* (de la raíz Rum, *ibid.*).

c) — *Amaritudinis mare* (*ibid.*).

d) — *Rebellio* (de la raíz Marah, San Pedro Canisio).

e) — *Domina diei* (Cristóbal de Vega, siglo XVII, *Theologia Mariana*).

f) — *Domina cribrî* (*Ibid.*).

g) — *Contumax* (Mateo Hiller, siglo XVIII y Gesenius, príncipe de los lexicógrafos hebreos).

h) — *Socer meus est Excelsus* (una interpretación muy intrin-

cada de H. Grimme, 1909).

1) —Saginata, id est Corpulenta, id est Speciosa (quizá como Frondosa; Bardenhewer).

1) —Philologicæ, dice el P. Zorell (op. cit., no conozco su segunda edición 1931), nihil obstat videtur quominus hæc interpretatio defendatur: Mariám est nomen ægyptiacum ab Israelitis in Ægypto formatum, Mari-Jam, ac valet Amata a Iahveh». — Véanse las razones que propone.

x) —Domina (Dama, Princesa, según la etimología popular por el uso del arameo en tiempo de Cristo; Lagrange, Evangile selon Saint Luc., Paris 1921, Coment. a Lc., 1, 27).

* * *

3. — ¿Qué habrá que concluir de todo esto? Creo que lo más prudente, es no optar por ninguno de los sentidos propuestos, pues ninguno se impone. Y para la práctica es muy útil la serie de observaciones que siguen (C. Beckermann, O. S. A., «Et nomen Virginis Maria» (Lc., 1, 27b); Verbum Domini I (1921) 136):

«Ex eo quod nomen Maria non significat ea omnia quæ auctores tradiderunt, non licebit concludere, esse falsa quoque ea quæ ex erroneis interpretationibus decursu sæculorum a scriptoribus et oratoribus hausta sunt et B.M.V. applicata. Nam nominis interpretatio occasio potius quam causa fuit tot præclara de Virgine prædicandi; deinde ea quæ falsa sunt si in etymologica fundantur ratione, vera esse possunt si symbolice aut historice considerantur; tandem, præter nomen, quod minimum est, Beata Virgo multos habet titulos quibus omnia ea quæ traditio vere catholica ei attribuit legitima demonstrantur. Unde e. g. orator sacer vel alius quisquam nequit dicere nomen "Maria" significare "stellam maris", sed poterit et debet dicere, sicut antea, Mariam esse stellam maris, quia hoc, sensu symbolico, verissimum est. Atque ita factum est, providenter sane, ut ipsa nominis explicandi difficultas, ipsi errores hominum et hypotheses, materiam suppeditaverint vel saltem suggererint ex qua argumenta sumere possumus ad laudandam Beatam semper Virginem Mariam».

José González Brown, Pbro.

GUIA DE LA CATEDRAL DE MEXICO

Por el Sr. Pbro. Manuel Gómez.

Ejemplar: \$ 0.75.

Mucha falta hace este libro, mediante el cual podemos apreciar los valiosos tesoros que encierra nuestra Catedral Metropolitana.

UNICAMENTE se hacen los envíos, C.O.D. o por correo reembolso, o enviando el importe al hacer el pedido; en este último caso, los gastos de correo, son por nuestra cuenta.

«BUENA PRENSA»

Donceles 99-A. — México, D. F. — Apartado 2161.

Un poca de Filosofía sobre el Sacerdote y el Sacrificio

— I —

«El Sacerdote es un explotador», claman muchos; «es un hombre que se pasa la vida inventando fantasmas del espíritu». Para muchos de éstos, el hombre ideal es el que muestra la robustez de sus músculos, rompiendo la cara a otro hombre, o el que expone su vida en la lidia de toros salvajes, o, si acaso nos ponemos en un ambiente de cultura moderna, el que sabe decir por escrito cinco disparates juntos, demostrando que la Iglesia Católica es obscurantista y retrógrada. Así una gran parte de los hombres.

El privilegiado núcleo de intelectuales que podrían orientar está desorientado. Buscando la realidad en un sistema ilusorio, se alejan cada vez más de ella; olvidan los valores reales de la vida, por engolfarse en sus ficciones. Superhombres del espíritu y de la ciencia que están muy lejos del espíritu, de la ciencia y de los hombres.

— II —

La ideología moderna está en crisis. Desquiciados los valores filosóficos, la inteligencia humana se estremece en medio de convulsiones de agonía y sacudimientos de muerte.

La falsa corriente idealística que envuelve el pensamiento actual es incapaz de resolver los problemas reales y concretos de la humanidad. Si lo real es sinónimo de lo ideal, si la multiplicidad de las cosas que nos rodean se reduce a los diversos términos subjetivos proyectados por la realidad de la substancia única y universal que piensa, si fuera del pensamiento todo es obscuridad y nada, y sólo el pensamiento es principio y fin de lo que existe, ¿qué otra cosa le queda al hombre, sino la conciencia de su infinita soledad y de su propia miseria?

La filosofía moderna no quiere ser atea; pero el teísmo que ella nos presenta, es un panteísmo refinado y abstracto que destruye todos los verdaderos valores filosóficos y arroja al hombre al solipsismo psicológico más desesperante y angustiador.

— III —

En la bancarrota de los valores filosóficos desaparecen también los valores estéticos. Perdido Dios en la vaguedad de los conceptos humanos, se pierde la fuente de toda belleza. De la misma manera que nuestra verdad no subsiste sino como participación de la Verdad Increada, así también nuestro concepto de belleza se desmorona, si no tiene como reflejo de una Belleza suma, inextinguible y eterna.

Buscar el resplandor del orden, prescindiendo de un Ordenador Supremo, es un absurdo; hablar del arte y negar la existencia de un Artífice divino y personal, es un contrasentido. La estética que debe estar fundada en los principios de la filosofía eterna se convierte en ensueños egolátricos de un enfermo que delira. Belleza, Poesía, Arte en el laberinto humano se vuelven burbujas de jabón que el primer soplo de viento hace volver a la nada.

— IV —

Como la filosofía y la estética, también la ciencia. El cientifismo de nuestros días, absoluto e independiente de toda relación suprasensible, ha cerrado la puerta de todas las alturas, y el hombre, sin advertir siquiera la causa, yace estrangulado por las mismas cadenas que sus manos fabrican.

La cultura moderna ocupada en mirar hacia la tierra, no tiene tiempo de mirar al cielo. Se indagan las fuentes de la historia, se estudian las evoluciones de las razas, de los pueblos y de las sociedades; se buscan las causas entre las ruinas y escombros que los hombres dejaron y que los siglos —caminantes que llevan prisa— han respetado. Se olvida en cambio, la verdad fundamental: que sobre todas las razas, sobre todos los pueblos y sobre todas las rutas del Universo existe un Dios Creador y Conservador, existe una Providencia que rige y que gobierna. Se buscan con telescopios de vidrio las luces de todos los planetas y de todos los soles; se recogen los milagros que vuelan en las ondas etéreas; pero se cierran los ojos para no ver la luz de la Revelación sobrenatural, que bajó a nosotros en la plenitud de los tiempos, y los espíritus se vuelven sordos para no oír la voz de Cristo que, a través de las ondas seculares de las generaciones humanas, mantiene su vigor y su frescura, y es la única que resuelve los enigmas de la historia y de las almas.

Se ha separado el orden humano del orden divino; la ciencia es religión, la biblioteca y el laboratorio son los templos, la naturaleza y las leyes empíricas, son las diosas.... ¡El hombre ha enarbolado la bandera del progreso y Dios ha quedado en un recodo del camino, como el sueño de un hombre que despierta!

— V —

Y, evidentemente, al desquiciamiento de los valores filosóficos y espirituales sigue el desquiciamiento de los valores sociales.

Dios es el centro supremo, el principio y el fin, el vértice último del cual derivan y hacia el cual convergen todas las aristas del universo. Si el vértice falta, queda solamente una masa informe de líneas y se pierde la figura. En la sociedad, al faltar la fuente suprema de la autoridad y el fin regulador de todas las acciones, sólo queda un conjunto de valores individuales sin orden, ni concierto. De ahí nacieron todos los sistemas liberales:

se buscó la igualdad y se falseó el concepto de la verdadera democracia. Con miembros iguales se forma una multitud, pero no se forma un organismo; destruida la unidad, se destruye la sociedad y sólo queda la multiplicidad desorganizada. Y cuando los hombres, ante la desorientación predominante quisieron reconstruir la sociedad, buscaron de nuevo la unidad; pero igualmente olvidados de Dios, hicieron del Estado, la norma suprema de la actividad; y éste es el origen de los modernos sistemas estatales que, vertiginosamente, van sucediendo a los antiguos.

— VI —

Con tales premisas, el culto público y social que se le debe a Dios desaparece; y el sacerdote, mediador entre Dios y los hombres, dinamo que mueve, regula y eleva la piedad religiosa, el sacerdote viene a ser un órgano inútil en el organismo así formado. Los hombres, como por instinto, buscarán un objeto de culto, y ante los restos simbólicos de un soldado desconocido se rendirán las banderas y ofrecerán los incienso; pero el culto a la Patria, cuando se ha borrado la perspectiva de Dios, es un fantasma prendido en el vacío que no descubre ningún horizonte.

Por eso los que siguen el camino de la Verdad eterna, deben luchar en el campo especulativo y en el terreno práctico contra todos estos errores, deben afirmar claramente y ante todos los verdaderos principios filosóficos, estéticos, espirituales y sociales.

— VII —

Religión es el conjunto de relaciones y de vínculos morales que nos unen con Dios. La existencia de un Ser Supremo y Único es el punto de partida, la clave inicial de la que depende toda la estructura de nuestro edificio religioso. De la inestabilidad ontológica de las cosas que nos rodean, llegamos a la afirmación del Ente Necesario. De la miseria moral de las almas, ascendemos a la Majestad infinita del Dador Supremo; y en el fondo de las conciencias humanas, anhelantes e impotentes por sí mismas, está incrustada la flecha que nos señala una norma suprema y una sanción indiscutible. Por eso el hombre ante la excelencia de Dios, no puede no hincar la rodilla y adorar; por eso el hombre —peregrino ansioso, viajero sediento de alas— necesita luz y se la pide a Aquél que lanzó a los espacios oscuros la fosforescencia de todas las estrellas.

El deber religioso es un deber ineludible y categórico en el orden moral-psicológico. Y, si permanece en pie el concepto básico de sociedad, si el hombre no es un individuo separado de los demás, sino un miembro que evoluciona y palpita en el engranaje de una máquina social y viviente, el deber religioso se alarga, se extiende y toma nuevas proporciones.

En Dios —alfa y omega— toda la familia humana debe re-

conocer su razón de existir. La obligación primordial del linaje humano es reconocer el supremo dominio de Dios y la propia absoluta dependencia.

— VIII —

Ahora bien: el sacrificio es el centro, el núcleo de la vida religiosa; y el sacerdote, ante el pueblo y ante Dios, es por esencia el único sacrificador.

El sacrificio es oblación sensible y pública, símbolo del ofrecimiento total del hombre. El hombre todo —cuerpo y alma, materia y espíritu, individuo y sociedad— se entrega a Dios, dueño y señor de la vida.

Todos los pueblos en todas las edades han sentido este deber: los Mongoles ofrecen víctimas a la Divinidad, cuyo concepto vagamente detienen, y participando de la carne sacrificial, creen que el espíritu de Confucio se incorpora a ellos y desciende para unirlos con Dios. Los sacerdotes de la India, inmolan el cordero sagrado y en sus palabras vibra la esperanza de un salvador futuro. Los egipcios, los griegos, los romanos, los germánicos son testimonios perennes en este capítulo de historia de las religiones comparadas. Las manos de las vírgenes incas, fabricaban el licor sagrado, que los sacerdotes ofrecían como un tributo solamente debido a la Divinidad. Los aztecas, luchadores de montaña y constructores de monumentos, en sus brazos musculosos y férreos levantaban el corazón sangrante de sus víctimas; a través de sus ídolos petrificados instintivamente buscaban la vida y ofrecían vidas. Y en el fondo semilegendario de la historia aparece, como un símbolo, el Rey de Texcoco —astrónomo, poeta y guerrero— entonando himnos junto al ara del Dios desconocido, sobre la torre de su misterioso palacio.

El género humano no se pone de acuerdo para mentir; la existencia de Dios, aun deturpada por la ignorancia y por los vicios, exige el honor debido y arranca de las almas el culto supremo. Anunque los hombres, arrebatados por la fuerza de la carne, conviertan a Dios en un fetiche y a la religión en un conjunto de prácticas supersticiosas, sin embargo, la verdad late en el fondo, mientras no muera la naturaleza.

— IX —

La razón por tanto y la filosofía de la historia, nos hablan de Dios y de la Religión, de la necesidad del culto y del sacerdote; pero ni una ni otra nos conducen al orden concreto en que vivimos. La voz divina de la revelación nos lleva más alto: la fe nos habla de la elevación sobrenatural del hombre primitivo, la fe nos habla del pecado y la caída, la fe nos habla del Verbo encarnado para la restauración y redención del Hombre.

Los sacrificios del pueblo judío eran sombras y figuras, los de los pueblos paganos eran ritos macabros de sensualidad y de

muerte. Pero la humanidad deificada por Dios, clavada con Cristo, hostia del Nuevo Testamento, en la tosquedad de un madero sangriento, se levantó hasta el cielo y empezó a vivir bajo la sombra de una religión universal. Desde entonces tienen los hombres un sacrificio perenne y vivificante: el sacrificio del Calvario prolongado a través de los siglos. Desde entonces los hombres tuvieron víctima: el Cordero divino, glorioso y triunfante.

Desde entonces, los hombres tuvieron sacerdote: Cristo y los que participan de ese mismo único y eterno sacerdocio. Y desde entonces la Hostia Divina se levanta sobre todas las Naciones, sobre todos los hombres, sobre todas las almas: ¡Blancura y fuego, unión y fuerza, vida y resurrección! Y se han deslindado los campos: o la luz inextinguible de este sol o las tinieblas perpetuas; el hombre que mira a Dios o el hombre que se mira a sí mismo; la sociedad que se arrodilla o la sociedad que desquebraja sus líneas espirituales y con ellas su verdadera potencia moral.

— X —

El sacerdote es sacrificador y por lo mismo también es maestro. El Verbo Eterno, inmutable en los abismos de Dios, se encarnó en el seno de una Virgen; y el mismo Verbo, Palabra de Dios, se encarna misteriosamente también en las vibraciones potentes de la palabra sacerdotal. «Euntes docete...»: Y esta enseñanza engendra a Cristo en las almas.

Por eso todos los combates que agitan a los hombres se compendian, a pesar de su complejidad, en una sola síntesis: la lucha entre el bien y el mal. El bien es del cielo, el mal de la tierra. Si estamos con Cristo, estamos con Dios y el bien reina. Si olvidamos a Cristo, quedamos solos y predomina el mal.

En medio de todas las borrascas el sacerdote católico levanta el estandarte de Dios, levanta a Cristo, víctima de la humanidad, luz del mundo. En sus manos está la antorcha de la Fe y el sol divino de la Hostia... ¡El hombre, la sociedad debe responder!

Salvador Castro Pallares, Pbro.

NO DEJE UD. "UNION" SEMANARIO CATOLICO
DE LEER POPULAR PARA TODOS

Suscripción Anual \$ 5 00 Semestral \$ 2 50

"BUENA PRENSA" Donceles 99-A. Apartado 2181. MEXICO, D. F.

El cristianismo y la vida sexual

EL CUERPO HUMANO

En el principio creó Dios el Cielo y la tierra, el mundo espiritual y el mundo material (los cuerpos inanimados, el reino vegetal y el animal). Después reunió el Creador estos dos mundos opuestos, en una criatura: el Hombre. El hombre es, por tanto, un ser compuesto, el cual, por medio del alma, entra a formar parte del mundo espiritual y se asemeja a los ángeles; pero por medio de su cuerpo, pertenece al mundo material y se asemeja a los animales: ángel y animal en un mismo ser. Como conjunto de espíritu y cuerpo, ejerce supremacía en toda la Creación y es justamente llamado el rey de la Creación, la gran obra maestra de la sabiduría creadora y del poder de Dios.

La Sagrada Escritura nos enseña que Dios procedió de distinta manera en la creación del hombre que en la de las demás criaturas. Estas fueron traídas a la existencia por medio de una sola palabra; pero en la creación del hombre, juntóse toda la Trina Sabiduría y Poder, a fin de crear un noble ejemplar de su belleza infinita. «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». Por tres veces se repite: «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza». Y no satisfecho todavía con ello, el Libro Sagrado nos relata la creación por separado de ambos elementos del ser humano: cómo Dios «formó» el cuerpo del polvo de la tierra, a la manera de un artista entregado con cariño y amor a la producción de su obra maestra, y cómo, sacando el alma de lo más profundo de su Divinidad, la exhaló en la más perfecta de sus criaturas del mundo material. ¿Qué quiere indicar con estas palabras el Espíritu Santo? Pues esto: Tu alma y tu cuerpo, ¡oh hombre!, son obra de la especial sabiduría y amor de Dios.

Sí, y también el compañero de tu alma, tu cuerpo, tu cuerpo tal como lo tienes, con todos sus miembros. No creas que el cuerpo humano haya estado organizado de otra manera antes del pecado original. El cuerpo del hombre no sufrió modificación tras la caída de éste: sólo perdió la inmortalidad. «La Muerte», con sus precursores y compañeros, enfermedades y dolores, ha venido al mundo por «el pecado y por la envidia del demonio». Esta es doctrina de la Iglesia que no osaron negar, ni aquellos escritores de la Antigüedad cristiana que consideraban la facultad procreadora del hombre como una consecuencia del pecado. El cuerpo humano es, por tanto, noble y puro en todos sus miembros. Porque «lo que Dios ha creado, nadie debe llamarlo impuro».

Cuanto queda dicho es aplicable con más rigor todavía al cuerpo del cristiano, pues éste, por medio del bautismo, queda elevado a la condición de miembro del Cuerpo de Cristo, incor-

porado al Cuerpo místico del Señor, como un sarmiento a la vid; es, por tanto, un órgano por medio del cual el espíritu de Cristo realiza obras de valor eterno que son, delante de Dios, agradables como las dulces uvas: es un a modo de vaso, adquirido a alto precio, bendecido por la recepción de los Sacramentos y en el cual se contiene el propio Dios: es templo del Espíritu Santo del cual dice la Escritura: «El Templo de Dios es sagrado, y este templo sois vosotros». Y aunque el cuerpo del cristiano es ahora externamente ruín y perecedero, por medio de la percepción del Cuerpo de Cristo lleva consigo el germen de la inmortalidad, y, llegado el día, el Señor lo despertará, y será reconstruido para hacer su entrada en la gran Magnificencia.

¿Qué exige, por tanto, la fe del verdadero cristiano? Que cuide de su cuerpo con amor y se preocupe de su salud y fuerza. «Un sano cuidado del cuerpo es, no sólo compatible con la doctrina cristiana, sino aun necesario.

Pero ha de ser un cuidado del cuerpo que lo trate con delicada atención y someta sus fuerzas y sus miembros a la voluntad de Dios. Puesto que nuestro cuerpo no es propiedad nuestra, sino del Señor; El lo ha comprado «aí más alto precio». Y Cristo exige, como lo haría cualquier persona razonable tratándose de una propiedad preciosa, una cariñosa atención. Así pues, cuando el cristiano hace mal uso de su cuerpo, Cristo considera esto como un ataque a su derecho y como una afrenta hecha a El mismo. «¿Ignoráis acaso que vuestros cuerpos son miembros de Cristo y que ya no os pertenecen? El cuerpo no es para la impudicia, sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo. ¿Osaréis abusar de los miembros de Cristo para convertirlos en miembros de una cortesana? ¡No lo permita Dios! ¡Huid de la lascivia! Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo». (1 Cor., 6, 20).

Precisamente porque el cuerpo del cristiano es portante de Dios, ha de merecerle un gran respeto. También por esto la Iglesia trata con solemnidad, incluso los cuerpos sin alma de sus hijos, al acompañarlos al sepulcro.

La vida de los santos nos demuestra la influencia que este dogma de fe tendría en la vida espiritual y especialmente en lo referente a la castidad y virginidad, si estuviese vivamente grabado en el corazón del cristiano. Aquellos hijos de Dios supieron mantenerse puros y castos aun en medio de las más completa soledad, precisamente porque estaban vivamente poseídos del convencimiento de la presencia de Dios trino en ellos. Si nuestras mujeres y doncellas cristianas estuviesen poseídas de este convencimiento y lo tuviesen grabado en su corazón, ¿podrían tolerar la moda actual emanada de la impiedad? No; porque la fe les diría que la desnudez de su cuerpo o los vestidos refinadamente insuficientes, no son apropiados porque el cuerpo humano desnudo, en el estado actual de la Humanidad, despierta, en el mejor de los casos, ideas científicas o estéticas, pero nun-

ca da una idea de su dignidad espiritual como portador de un alma; y menos todavía, nos lo presenta en su dignidad sobrenatural del templo del Espíritu Santo.

Por consiguiente, la desnudez no puede despertar el santo respeto que merece el cuerpo cristiano. Este sentimiento fue general en la Humanidad desde los tiempos más remotos. Por ello, siempre que se ha querido dar realce a una personalidad por encima de las demás, se han empleado ricas vestiduras, tanto más ricas y copiosas, cuanto más elevada fue la categoría de la persona; así nos lo demuestran, en todos los tiempos, las ricas vestiduras del soberano, o, en los ornamentos litúrgicos, la escala gradual que se observa desde el simple sacerdote hasta el obispo y el Papa.

La religión de Cristo reconoce, pues, la más grande dignidad en el cuerpo humano. Y, sin embargo, no pocas veces se ha echado en cara al Cristianismo, el desprecio que de su propio cuerpo tuvieron los santos. ¿Qué podemos contestar a eso? Si la severidad para con el cuerpo ha de considerarse como un desprecio, entonces, aquellos argumentos afectan al mismo Jesucristo nuestro Salvador, puesto que El «entregó voluntariamente sus espaldas a los que le flagelaban, sus mejillas a los que mesaban su barba; no retiró su rostro de los que le escarnecían y escupían»; (Is., 50, 6); los santos no hicieron más que seguir su ejemplo. No, no comete desprecio ni desconsideración de ninguna especie, el cristiano cuando trata con severidad a su cuerpo. Sólo pueden tomar por desprecio tal severidad, los que no consideran su cuerpo a la luz de la razón y de la fe.

¿Qué dice sobre esto la razón creyente? Pues, en primer lugar, que, en el ser humano, el cuerpo es el siervo del alma y ésta, la señora de todo el ser; puesto que lo inferior debe estar subordinado a lo superior, la ignorancia a la sabiduría, lo irracional a lo racional, y no al contrario. Por esto, la verdadera dignidad del hombre exige que en sí mande y domine el ángel y no el animal.

Y en verdad que sería una gran vergüenza e ignominia, si el animal llevara el cetro, y al espíritu le tocara obedecer. Por ello, en el Paraíso terrenal, el hombre perdió su más alta dignidad como hijo de Dios, porque no concedió el imperio al alma imagen de Dios, sino, al contrario, a las apetencias del cuerpo. Así pues, el cuerpo debe estar subordinado; claro que no como un esclavo olvidado, sino como un sirviente cuyo bienestar y salud debemos cuidar con diligencia. «El cuidado del cuerpo establecido por el Cristianismo, tiende a conservar un cuerpo sano, fuerte y hábil; pero teniendo siempre subordinado lo corporal a lo espiritual», nos dicen los Obispos. El cuerpo debe, por tanto, mantenerse en el rango de servidor, el espíritu en el de rey; el alma no debe dejarse arrebatada al centro, bajo ningún concepto.

Para ello debe el alma someterse a un régimen severo; pues

la experiencia y la fe atestiguan que «la carne pugna siempre contra el espíritu» (Gal., 5, 17); que nuestro cuerpo no es un súbdito dócil y disciplinado, sino un revolucionario «que nunca cesa en sus intentos de arrebatarse al alma su señorío», y esto de una manera tan ruda y violenta, que el alma ha de sostener lucha encarnizada con él, según nos atestigua el apóstol San Pablo: «¡Infeliz de mí!, ¿quién me libertará de este cuerpo mortífero?» (Rom., 7, 24). Semejante súbdito, no puede ser reducido a la obediencia y al orden más que tratándolo con mano dura. Haciéndole concesiones a las que ningún derecho tiene, no se logra más que fortalecer y aumentar sus ambiciones. Por ello, nuestro cuerpo necesita ser tratado con severidad.

Pero también con inteligencia. ¿Por qué? El glorioso San Francisco llamaba a su cuerpo «hermano asno». Hermano, porque es compañero de la hermana alma. Asno, porque posee algunas cualidades típicas del rocín; posee la testarudez e indocilidad de éste, y necesita de una mano dura que lo guíe. Además, el cuerpo es astuto y solapado, sabe ocultar sus intenciones insanas y justificar sofisticamente sus exageradas exigencias; por esto necesita de una dirección inteligente. Por otra parte, el cuerpo, dentro de su astucia, es necio, pues sus anhelos y exigencias le conducen a la infelicidad y hacen caer al alma en la condenación; por esto pide una dirección sabia. Así, pues, la dirección del cuerpo humano ha de ser severa y al propio tiempo juiciosa y sabia. No es necesario, para guardar el dominio del alma, que el cuerpo pierda en belleza ni en salud; no ha de ser quebrantada su fuerza, sino su testarudez, de manera que se convierta en un instrumento disciplinado y dócil, a disposición del alma para la realización de buenas obras.

Los santos jamás echaron en olvido este principio, al tratar severamente a su cuerpo; por esto practicaron tan rigurosos ayunos y los recomendaron con encomio. ¡Y qué resultados obtuvieron con ellos! Ciertamente, tal vez algunos santos, en el primer ardor de la piedad, hayan llegado demasiado lejos en esa dureza contra su cuerpo; pero, ¡qué de grandes cosas no consiguió el cuerpo así flagelado, bajo la dirección del alma santa! ¡Con qué obediencia y docilidad cooperó a la consecución de los magníficos planes trazados por aquel espíritu noble! ¡Cuán eficazmente colaboró con almas de valor inmortal para el bien de la pobre Humanidad! Los santos fueron inducidos a su ascetismo por un gran estímulo: el amor a Jesucristo y a los pecadores. Teniendo una cabeza coronada de espinas, no quisieron ellos ser miembros regalados. En presencia de su Rey crucificado, no quisieron ser condescendientes y suaves con su propio cuerpo. Además, hervían en su alma aquellas palabras del Apóstol: «Me gozo en el dolor que he de sufrir por vosotros», escribía San Pablo a los colosenses; «así estoy cumpliendo en mí carne para el cuerpo de Cristo, esto es, para la Iglesia, lo que todavía falta de los

dolores de Cristo» (Col., 1, 24). Del mismo modo que los dolores de Cristo salvaron a la Humanidad, así también se salvan las almas, por medio de los dolores y mortificaciones de los enviados de Cristo: éste es el sentido de las palabras del Apóstol. De esta manera se completa la obra de Cristo, por medio del sufrir apostólico, esto es, se lleva la salvación del mundo hasta sus últimas consecuencias. Así es como el cuerpo de los santos se santificó y su alma se manifestó en el mundo como un espíritu inteligente, sabio y fuerte.

¿Y qué diremos de los hombres modernos, que con sus exageraciones convierten la cultura física en un culto al propio cuerpo? Ellos realizan aquel caso que tan difícil se le hacía entender al sabio del Eclesiastés: «Que los criados vayan a caballo y los príncipes anden a pie». Con la estimación pagana del cuerpo, se convierte éste, en señor, y el alma en criado. Hoy se dice: demos al cuerpo aquellos derechos que el Cristianismo le ha quitado; en un cuerpo bello y sano, vivirá también un alma sana; la lucha; la lucha interior no ha venido del pecado, sino de una falsa educación del cuerpo». Estos puntos de vista son paganos y llevan además consigo, el germen de la corrupción aun para el propio cuerpo. «Quien mime a un esclavo desde joven, lo encontrará después indócil». El cuerpo se convierte en tirano y quiere satisfacer sus anhelos aun contra el clamor de la razón y en su propio daño. O si no, ¿no es mucho mayor el número de personas que quebrantan su salud cediendo a las apetencias del cuerpo que el de aquellas que procuran contenerlas?

Pero, de ¿dónde procede el dominio del cuerpo sobre el alma, el desorden y la desarmonía en el ser humano? No proviene del Creador, puesto que Este, creó al hombre «justo», esto es, poseedor de plena armonía entre el cuerpo y el alma, entre los deseos y la razón. «Según la ordenación divina, debía existir plena armonía entre el alma y el cuerpo. El pecado original rompió esta armonía». Por efecto de haber quebrantado el primer hombre el orden entre Dios y él mismo, quedó también destrozado el orden armónico en el ser humano. Por haberse rebelado el hombre contra el Todopoderoso, también en aquél se rebeló la parte inferior contra la parte superior, la carne contra el espíritu. La desobediencia se corresponde con la desobediencia, como nos dice San Agustín.

Desde entonces «arde en el hombre, el fuego de las malas pasiones, las cuales se esfuerzan en romper el círculo, para ellas opresor, de la ley moral y de la conciencia, que consideran como una carga y atadura enojosas». Por no haber las almas de nuestros primeros padres utilizado su derecho soberano sobre los propios cuerpos, todavía obedientes y dóciles, por esto quedó posteriormente debilitada la soberanía del espíritu humano sobre el

cuerpo. Y esta debilitación fue tan grande, que, a menudo, aun hombres justos, han tenido que sufrir la tiranía de la carne, según nos indica la Escritura con estas palabras: «Han derribado a muchos (los impetus de la carne), y han matado a los más fuertes». Sólo dos almas humanas quedaron inmovibles: sólo dos cuerpos permanecieron dóciles; sólo dos seres humanos fueron perfectamente bellos y armónicos: el Dios-Hombre, Jesús, y su virginal Madre, el ser humano puro por excelencia, María. Todos los demás hombres están faltos de armonía, todos experimentan desorden en la vida de las pasiones, y tanto más padecen bajo este desorden, cuanto más nobles y santos son.

Pero, ¿por qué no nos ha librado el Señor de esta consecuencia del primer pecado? ¿Por qué debe el hombre soportar durante toda su vida una lucha moral contra sus pasiones? ¿Por qué no desaparece con el Bautismo también esta ignominiosa y humillante influencia del pecado original? Precisamente por esto, porque es humillante. El hombre necesita de la humillación para la salud del alma, tanto como de la atmósfera y del agua para la salud del cuerpo. No llevamos el desorden sólo en nuestros cuerpos, sino también en nuestras almas. «Toda la miseria del hombre, —dice San Agustín,— consiste en la contradicción consigo mismo; el hombre quiso (en el Paraíso) lo que no debía querer, y ahora desea lo que no debe desear. Apetece innumerables cosas que no debe apetecer, porque no se obedece a sí mismo, esto es, porque ni su alma, ni el cuerpo que le está subordinado, obedecen a su voluntad». Así, pues, no sólo el cuerpo escapa al imperio absoluto de la voluntad, sino incluso la misma alma.

Y esto, ¿quién no lo experimenta todos los días? ¡Cuántos pensamientos y representaciones, pasiones y ambiciones, sentimientos y deseos no nacen en nuestra alma contra nuestra voluntad! Y no ceden ni se amortiguan a pesar de que la parte superior del alma, la voluntad, quisiera librarse de ellos. Especialmente la vanidad y el orgullo son los generadores de desorden en el alma. «Porque —citamos de nuevo a San Agustín,— cuando el hombre apartó su espíritu de aquel Bien inmutable que debía haberle gustado más que su propio ser, puso su complacencia en sí mismo y cayó en la vanidad; quiso desconocer el verdadero fundamento de su existencia, proclamándose a sí mismo como tal, pensando así hacerse igual a Dios, y cayó en el orgullo, esto es, en la pretensión de elevarse más de lo debido». Esta soberbia rebaja el corazón humano. «es el principio de todos los pecados» y la raíz primera de toda maldad. Debe, por tanto, extirparse arrancando del alma humana, el orgullo para que el hombre pueda convertirse en un ser noble. El hombre debe apreciarse y reconocerse a sí mismo, tal como en realidad es: como un ser que todo cuanto de bueno tiene, lo ha recibido de Dios que de sí sólo nada es, y por el pecado menos que nada. El hombre debe empequeñecerse para aparecer grande delante de Cristo.

Por eso es difícil, muy difícil. La venenosa raíz del orgullo

reside en lo más profundo del alma. De esta herencia no puede librarse el hombre más que reconociendo y sintiendo su propia debilidad y pequeñez, confesándose incapaz de restablecer el orden y la armonía ni aun en la pequeña cabaña de su propio yo. Además, debe poner al servicio de Dios, las inquietudes de su carne y someter a la voluntad de Aquél las insubordinaciones del cuerpo. Lo cual es un signo de la paternal previsión del amor de Dios, que, como hace un padre juicioso de aquí en la tierra, tolera deliberadamente ciertas irregularidades en su hijo, para corregirlas luego, con mayores frutos. Y eso es precisamente lo que quiere el Padre celestial: educar y formar a sus hijos, conforme al modelo del Hijo de Dios hecho hombre, «cuya primera y principal virtud fue la humildad». Únicamente cuando el hombre ha llegado a hacerse bastante humilde, se entrega del todo a Dios, y Este del todo a él. Sólo entonces el hombre pone su refugio en los paternales brazos de Dios, para vivir feliz y fuerte en ellos.

• • •

¡Sí, fuerte! ¡Sólo en Dios encuentra el hombre, la fuerza necesaria para combatir sus apetitos y pasiones! Por esto se pregunta, lleno de angustia, San Pablo: «¿Quién me librará de este cuerpo mortífero?», y contesta él mismo: «La gracia de Dios por los méritos de Cristo nuestro Señor». Verdad es que muchos modernistas piensan de otra manera. Creen que con ejercicios corporales y con deportes, se puede conseguir el pleno dominio sobre el cuerpo y sus impulsos. ¡Triste creencia! ¿Quién ha practicado la cultura física, el deporte y los juegos olímpicos con más intensidad que los griegos y romanos? Las ruinas de sus estadios y de sus baños nos causan aún maravilla. Pero, con todo esto, ¿fueron castos esos pueblos? ¿Consiguieron dominar sus pasiones? ¿No nos atestigua la Historia que con tanto deporte no se libraron de caer en la inmoralidad y en la corrupción? La experiencia histórica confirma en este punto, lo que la fe enseña a los cristianos: que sin la gracia de Dios no podemos librarnos de los impulsos mortíferos del cuerpo.

Cierto que la cultura física, al endurecer los músculos y fortalecer los nervios es muy saludable y buena, especialmente para la juventud. Pero con el auxilio de la cultura física no consigue dominio sobre el cuerpo más que aquél que lo sacrifica todo a Dios; pues, como nos dice San Agustín, el ser superior sólo consigue dominar al inferior, cuando él a su vez se deja dominar por otro superior a él. Sólo el humilde consigue la victoria sobre sí mismo, puesto que se somete al Todopoderoso. A éste otorga Dios su gracia. Es verdad que la victoria no es completa, pues el cuerpo no llega a someterse del todo, ni aun en los Santos; pero, aún así, esta humillante inseguridad frente a los devaneos de la parte inferior, resulta saludable para el orgulloso espíritu humano. Le es bueno al hombre, verse en la precisión de permanecer siempre armado y dispuesto a la lucha. Sólo así consigue

el alma, mantenerse apacible y pura, como el agua del arroyo cristalino.

• • •

Por ello siguen siendo decisivas para el cristiano, aquellas palabras del Apóstol: «Hermanos míos, os ruego encarecidamente, por la misericordia de Dios, que le consagréis vuestros cuerpos, como una ofrenda viviente y santa» (Rom., 12, 1). El cuerpo debe convertirse en constante ofrenda expiatoria a Dios, por medio de una disciplina férrea, de un trabajo fatigoso, de la ordenación de sus necesidades, puesta sin cesar la mirada en la santa voluntad de Dios. En la antigüedad se sacrificaban animales; pero la víctima sacrificatoria del Nuevo Testamento ha de ser el cuerpo humano, el cual se consume en el fuego del amor divino, y sus miembros son ofrecidos a Dios como instrumentos de justicia. «Este es el punto racional que debéis ofrecerle», advierte el Apóstol. Así, pues, ¡feliz el niño a quien la educación acostumbre al dominio de sí mismo y a la fortaleza de espíritu, pues así aprende también a regir su cuerpo aun en aquellas cosas que le están permitidas! El Espíritu Santo nos dice: «bueno es para el hombre el haber llevado el yugo ya desde su mocedad» (Thre., 3, 27). ¡Dichoso el niño que, al entrar en uso de razón es guiado en seguida hacia el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, la más eficaz defensa contra las acometidas de la carne y de la sangre! ¡Dichoso el joven que recibe a menudo el Cuerpo del Señor, que calma las pasiones, da fuerza a la voluntad y comunica al corazón aquella santa alegría que le ayuda a renunciar más fácilmente a los placeres prohibidos!

Miguel Gatterer, S. J.

CARTAS DE DON FLORENCIO ROSAS

Arceidiano de la Catedral de Querétaro.

Coleccionadas por el Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Puebla,
Dr. D. Pedro Vera y Zuria.

Ejemplar: \$ 3.00.

Pocos ejemplares quedan de estas interesantes «Cartas» del insigne Arceidiano de la Catedral de Querétaro; cartas por miles conceptos, interesantes, e instructivas, con un fondo sumamente piadoso y formativo.

FRAY DOMINGO DE BETANZOS, O. P.

Fundador en la Nueva España de la Venerable
Orden Dominicana.

Por Alberto María Carreño.

Ejemplar: \$ 4.00.

La venerable figura del espiritual y prudente dominico, aparece de lleno en esta obra que ofrece al público el inteligente Sr. Carreño.

ÚNICAMENTE se hacen los envíos, C.O.D. o por correo reembolso, o enviando el importe al hacer el pedido; en este último caso, los gastos de correo, son por nuestra cuenta.

«BUENA PRENSA»

Donceles 99-A. — México, D. F. — Apartado 2181.

NOTAS DOCTRINALES

Moral

17) — Respecto a la resolución dada en «CHRISTUS» de Julio (pág. 416, 16), se me ofrece lo siguiente: creo que son iguales las dos cosas, a saber: el que el sacerdote no aprobado ad moniales y llamado a otra cosa, confiese a una religiosa que se lo pide, en la capilla semi-pública, y el que sea llamado expresamente a confesar la religiosa en la misma capilla. Así lo hace notar el P. J. Ferreres (Epítom. de Teol. Moral. págs. 484 y 485, not. 2). — Pbro. I. P.

Hasta fines del año 1927, los autores canonistas y moralistas, no equiparaban estas dos cosas que usted señala, pues la opinión común hasta esas fechas, era la expuesta en la respuesta a que usted pide, de «CHRISTUS». Por equivocación mía expuse dicha opinión y la solución que según ella se da al caso propuesto, y no expuse la actual que es la única que ahora se puede seguir. Tiene usted, pues, mucha razón en decir ahora que las dos cosas son lo mismo para el caso de llamar al confesor no aprobado ad moniales. Gracias pues, por su carta que me da la ocasión de exponer la única solución que ahora se puede dar al caso propuesto en la pregunta N° 16.

Algunos contendientes en estas opiniones preguntaron a la «Pontif. Commis. Codicis»: «An verbum "adeat" canonis 522 sit ita intelligendum ut confessarius advocari nequeat per ipsam religiosam ad loca confessionibus mulierum vel religiosarum legitime destinata». El 28 de Dic. 1927, respondió dicha Comisión: «Negative» (A. A. S. XX. 61).

Con ello quedó la controversia resuelta. Según esta respuesta, ni para la validez, ni para la licitud de la confesión, se requiere que el confesor vaya a la casa religiosa por otro motivo que el de oír la confesión. Puede, pues, la religiosa llamar al confesor expresamente para confesarse, y el confesor puede también ir con la intención única de confesar. Luego habrá que decir, refiriéndonos al caso N° 16 de «CHRISTUS», que ambas confesiones oídas por el sacerdote, no aprobado ad moniales, en la capilla semi-pública, fueron válidas y lícitas.

* * *

18) — Estaba yo ayudando a un señor Párroco, muy cuidadoso de su deber, en la administración de un bautismo. En el momento de echar el agua, dijo: Alfonso (era el nombre del bautizando), luego una pausa, y en seguida siguió diciendo: «In nomine Patris...» Entonces interrumpí al digno Párroco, y le sugerí: «Ego te baptizo». Por el momento no me comprendió; pero después de algunos segundos, dijo la forma completa del bautismo.

Si yo no hubiera estado allí, ¿hubiera sido nulo el bautismo? Ninguno hubiera jamás dudado de la validez de dicho bautismo. — ¿Qué hubiera sido de ese niño? — F. C.

Su caso nos indica que aun los muy ejercitados en los misterios y cumplidores de su deber, no están libres de distracciones.

El bautismo dado sin la intervención de usted, hubiera sido ciertamente inválido, pues faltaba a la forma una parte esencial. Alfonsito, sin embargo, hubiera sido tratado como un hijo de la Iglesia, y a su tiempo, hubiera recibido los demás sacramentos sin una condición necesaria para su validez y eficacia moral.

Dada la flaqueza humana, se puede decir que en la Iglesia hay, sin duda, algunos que son tenidos por bautizados no estándolo. En estos casos, ciertamente excepcionales, tenemos que admitir una especial Providencia que se ejerce con ellos y suple en lo que falta; pero no podemos decir ni determinar, hasta dónde exactamente llega esta suplencia...

* * *

19) — Quisiera me dijera si no puede haber malos pensamientos sin malos deseos. Pregunto esto, porque he leído en una carta de Mons. de Segur esta idea: «Tener un mal pensamiento es representarse una acción prohibida con el deseo de hacerla». — M. M.

Lo que la gente llama «malos pensamientos» comprende tres cosas, según los moralistas, a saber:

Primera: — Gozo malo. — Es la aprobación deliberada de una obra mala, hecha por sí o por otro. Si en un periódico leo, v. g., la narración de un homicidio, el simple hecho psicológico de pensar en esta mala acción que acabo de leer, no es en sí un pecado. La aceptación consciente de este hecho psicológico, esto es, la aceptación de este acto que consiste en pensar en el asesinato, tampoco es en sí pecado; y aun puede ser causa de una santa indignación contra el asesinato. Pero si doy mi aprobación al acto inmoral que fue el objeto de mi pensamiento, y la doy dándome cuenta plenamente de la inmoralidad del asesinato, entonces es cuando cometo pecado grave.

Segunda: — Delectación morosa. — Es la complacencia deliberada en un objeto malo pensado como presente, sin deseo de ejecutarlo.

Esta delectación morosa difiere del pensar o imaginar la cosa mala, pues este pensamiento o imaginación, si se tiene por un fin bueno, v. g. para estudiar o enseñar, no es pecado. Si se tiene por mera curiosidad, es pecado venial. El pecado está propiamente en deleitarse deliberadamente en la cosa mala o en deleitarse de tener el pensamiento malo.

Tercera: — Deseo malo. — Es el acto de la voluntad, por el cual se pretende deliberadamente hacer una obra mala.

Como usted ve, el gozo malo se refiere a una cosa pasada; la «delectación morosa» se refiere al objeto como presente; y el

«deseo» a un objeto futuro; el gozo, pues y la delectación morosa no contienen en sí, por su naturaleza, según definición, ningún deseo malo.

En cuanto a la idea de Mons. de Segur, ¿se pretende tal vez en ella, negar la posibilidad de tener un pensamiento malo consentido sin mal deseo? Si así fuese, nos parecería ello un error. Lo que se le puede conceder es que, el hecho de tener pensamientos malos (gozo y delectación morosa) consentidos, trae fácilmente verdaderos deseos malos, sobre todo en materia de pureza.

• • •

20) — Cuando por estipendio se reciben misas para cuya celebración no se ha determinado tiempo, suelen los moralistas decir, que una misa hay que celebrarla *intra mensem*, 20 misas *intra 2 menses*, 40 *intra tres menses*, 100 *intra semestre*, etc. ¿No se podría dar una regla general para saber cuál es el tiempo disponible para la celebración de dichas misas? Yo la deseo, porque no es fácil acordarse de tanto número. — Neo sacerdos.

Estos tiempos señalados por los moralistas, son una indicación del tiempo en que se puede y conviene celebrar las misas para no faltar a la obligación que lleva consigo el estipendio recibido; indicación que admite sus más y sus menos, como regla moral que es. Aunque esas indicaciones no nos dan una regla matemática, sin embargo, se pueden condensar en fórmulas matemáticas, dado que se puede decir que todos los moralistas están moralmente de acuerdo en señalar los números indicados por usted.

Le presento dos fórmulas, que en el fondo son las mismas; una que da el número de meses y otra el de días, dentro de los cuales hay que celebrar las misas recibidas.

Primera fórmula: $N/20 + 1 = x$. En esta fórmula, que da los meses, N es el número de misas recibidas; x es el número de meses *intra quos missæ celebrandæ*. La fórmula, pues, quiere decir: que dividiendo por 20 el número de misas recibidas, y añadiéndole 1 al cociente, tendré el número de meses buscado. v. g. Si me dan 100 misas, entonces $100/20 = 5$; $5 + 1 = 6$; luego 6 es el número de meses *intra quos missæ celebrandæ*.

Segunda fórmula: — $3.N/2 + 30 = x$. En esta fórmula, que me da los días N, X, representan lo mismo que en la anterior. La fórmula quiere decir que si multiplico N, (el número de misas recibidas) por 3 y divido por 2 el producto, el cociente añadido en 30, me dará el número de días *intra quos missæ celebrandæ*. V. g., si me dan 100 misas, entonces: $3.100/2 = 150$; y $150 + 30 = 180$; 180, pues, son el número de días *intra quos las 100 misas celebrandæ*. Como se ve, esos 180 días equivalen a 6 meses de 30 días cada uno.

Esta misma segunda fórmula, la da Vermeersch (II, 106) en otra forma que es:

$N + N/2 + 30 = X$; las letras tienen el mismo significado que antes les hemos dado.

En estas fórmulas, si salen fracciones, se pueden despreciar y la parte entera, será la que indique los meses o días que se buscan. Es más cómodo usar la segunda fórmula, pues las fracciones que salgan, serán fracciones de días y no de meses.

• • •

21) — Visito un hospital y encuentro personas que van a ser operadas con operación que las pone en peligro de muerte. ¿Se les puede dar la Extremaunción a estas personas? — J. E.

Distingamos: Si antes de la operación, la enfermedad que padecen, ya de por sí las pone en peligro de muerte más o menos próxima, si se les puede dar la Extremaunción; pero si la enfermedad, antes de la operación, no las pone en dicho peligro, y sólo la operación las va a poner en él, entonces no se puede darles la Extremaunción.

Razones de esta solución:

1º — Todos los autores de nota que mencionan este caso u otros equivalentes, dicen expresamente, que no se puede dar la Extremaunción a estas personas. Citemos algunos.

Genicot: — «*Perperam conferri Extremam unctionem iis qui periculosam operationem chirurgicam subituri sint*» (N. 422, 3º).

Noldin: — «*Non potest valide ungi miles ante prælium, qui capitis damnatus est, qui operationem subiturus est, nisi jam sit in periculo vitæ*» (n. 444).

Ballerini — Palmieri: «*Liquet subjectum (Sacramenti E. Unct.) esse non quemlibet fidelem proximum morti, cujusmodi esset capite damnatus... vel qui operationem chirurgicam esset subiturus, nisi...*» (n. 855).

Véanse también: Ubach (1927, pág. 380, not. 2). — Lehmkuhl: (De Extrem. Unct. c. II, Not ad II). — Capello: (De Sacram. II, n. 212). — Ferreres; Derecho Sacram. (De Extrem. Unct.).

2º — De las palabras de Santiago: «*Infirmatur quis ex vobis*», y aquellas otras «*salvabit infirmum*», consta, por la interpretación de la Iglesia, que debe estar el sujeto peligrosamente enfermo. El peligro, pues, debe venir «*ex infirmitate corporis*». Y en el caso propuesto vendría, no *ex infirmitate corporis*, sino de la operación. En otras palabras: Este sacramento fue instituido especialmente *ad roborandum hominem corpore deficientem ob cegritudinem*; luego, cuando no está o está levemente enfermo, aunque esté próximo el peligro de muerte *ab extrinseco*, non deficit *ab intrinseco*, como en la enfermedad. No es pues, sujeto apto para el sacramento.

3º — En el caso presente, se expone el sacramento a ser inválido, y por consiguiente el ministro se expone a pecar mortalmente; pues si antes de la operación no está en peligro de muerte, no estará peligrosamente enfermo, y entonces el sacramento es inválido, según opinión comunísima. (S. Alfon.), n. 713, dub. 2). Hay algunos autores que piensan ser probable la validez cuan-

do la enfermedad no es grave; pero dicen que hay que ungir de nuevo (en la misma enfermedad) cuando venga el peligro, y añaden que quien administrase el sacramento en enfermedad no grave, pecaría mortalmente. (Ballerini-Palm. n. 854).

4^a — Es necesario que el sujeto sea capaz *hic et nunc* (para que *hic et nunc* se le pueda administrar el sacramento), y no basta que lo vaya a ser después. Por consiguiente, en el caso expuesto, si la enfermedad no es peligrosa, aunque se tema que después se haga grave con la operación, falta *hic et nunc*, la condición necesaria para recibir el sacramento. Luego *nec licite nec valide*, se le puede administrar el sacramento.

Luis Vega, S. J.

Hermano:

Si a Ud. le sobran INTENCIONES de Misas, mándenoslas, y si le faltan, pidanoslas. Así nos podremos ayudar todos. Sólo suplico que sean SIN DIA FIJO.

José A. Romero, S. J. — Apartado 2181. — Donceles 99-A. MEXICO, D. F.

"Historia de México"

Por el Excmo. Sr. Dr. D. Francisco Banegas y Galván,
Obispo de Querétaro.

Tres Tomos: — Cada uno: \$ 5.00.

El tomo I abarca desde la Época Colonial y la Independencia, hasta la entrada del Ejército Trigarante; el Tomo II el gobierno de Iturbide y el Tomo III, la República Federal y la República Central hasta 1840.

Obra escrita con perfecto dominio sobre la materia y con toda ecuanimidad y claridad. Ha sido juzgada por los críticos, como una de las mejores obras publicadas hasta la fecha.

UNICAMENTE se hacen los envíos C. O. D. o por correo reembolso, enviando el importe al hacer el pedido; en este último caso — los gastos de correo son por nuestra cuenta. —

"BUENA PRENSA"

Donceles 99-A

México, D. F.

Apartado 2181

Centenario de un Apostol Mexicano en Francia.—Mons. de Quevedo

El día 13 de junio del corriente año de 1940, cumplió un siglo de haberse ordenado sacerdote en Bayonne, un ilustre mexicano, que Francia adoptó por hijo suyo, colmándolo de honores, cariño y gratitud, debido a su vida ejemplar sacerdotal, llena de abnegación y caridad.

Para dar una idea de lo que fue este sacerdote, que tiene numerosos parientes en México, Guadalajara y otras poblaciones, copiamos el artículo que apareció en «*La Semaine de Bayonne*» con motivo de su muerte, acaecida en Agosto de 1890.

MONSEÑOR DE QUEVEDO

La ciudad de Bayona acaba de honrar solemnemente la desaparición de uno de sus hijos adoptivos que se distinguió por su abnegación e incansable laboriosidad. El esplendor y solemnidad de las honras fúnebres con que la Ciudad entera despidió a su ilustre prelado, Monseñor de Quevedo, dan una idea del agradecimiento profundo para el sacerdote, cuya abnegación incansable, fue sinceramente apreciada por sus feligreses.

Pero es deber nuestro, decir aunque sea en unas cuantas palabras, lo que fue la vida de este sacerdote, cuya desaparición lloran y llorarán siempre, infinidad de almas.

Monseñor de Quevedo nació en 1816 en Guadalajara, México, en el seno de una de esas familias Hispano-Americanas, cuya fe ardiente y catolicismo profundo, tenía raíces muy hondas en todos los miembros de la familia. Obligado a expatriarse a Europa a raíz de una revolución, el Señor de Quevedo padre, o sea el jefe de la familia, vino después de varios años de arduo trabajo, pero coronado por el éxito, a establecerse primeramente en Burdeos y luego en Bayona, a disfrutar de una fortuna honradamente adquirida.

Bernabé de Quevedo empezó entonces sus estudios de Latín en el colegio de San León, para luego terminarlos en el pequeño Seminario de Larressore. Este joven de una amabilidad exquisita pero de una profunda piedad que tenía sobre todo su origen en los ejemplos de un padre y de una madre verdaderamente cristianos, manifestó pronto sus deseos de hacerse sacerdote, y para estar más cerca de su hijo que acababa de ingresar al gran Seminario, el Señor y la Señora de Quevedo se instalaron en la casa de «*La Esperanza*» a dos pasos del Gran Paraíso que acababan de desocupar las Hijas de la Cruz.

Ordenado Sacerdote en 1840, el Señor de Quevedo, fue nombrado por Monseñor Lacroix, Administrador del pequeño Seminario de Larressore, y fue ahí donde inmediatamente se reveló

la generosidad de su corazón, de ese corazón bondadoso y abnegado que en toda su vida, nunca se acordó de sí mismo, sino siempre de los pobres y de los pequeños. La vida en el Seminario de Larressore, era muy dura en esa época. En el comedor los platillos eran tan escasos y tan demasiado sencillos que los alumnos recordaban el famoso brouet noir de los Espartanos que admiraban en las obras de Plutarco, pero que llevado a la realidad resultaba demasiado sacrificio para sus jóvenes naturalezas. El corazón generoso del Señor de Quevedo no pudo resistir la vista de esa abstinencia en sus alumnos. Pronto cambió totalmente el sistema de alimentación del Seminario.

Pero fue en Bayona donde su gran corazón y su viva inteligencia debían después manifestarse en todo su apogeo. Fue la Providencia la que lo destinaba a hacerse célebre ahí. En 1848 el Señor de Quevedo fue nombrado Capellán de las Hijas de la Cruz y desde ese día, su vida fue una serie de ininterrumpida abnegación, de lucha y éxito en todos sentidos. Hizo una labor admirable entre estas santas religiosas primero y la extendió entre las alumnas de ellas y el patronato de Sainte Marie, y por fin en la Parroquia de Nuestra Señora; además de sus funciones como Canónigo honorario y titular.

El Señor de Quevedo se sacrificó, consagró largas e interminables horas en el sacerdocio del confesonario, alimento que da vida a toda obra parroquial. Cuantas veces en las dificultades y trabajos que tuvo el Reverendo Padre Cestac, para fundar el Orfanatorio y el Refugio, fue el Señor de Quevedo quien le ayudó con su clara inteligencia y su juvenil actividad. Lo reemplazaba también con sus hijas de confesión a quien no podía dedicarse como hubiera querido por la labor de esas nuevas fundaciones. Santa unión de las almas en la bien espiritual, para salvación de los demás.

Pero las Hijas de la Cruz, la escuela de las Hermanas, el Obrador y sobre todo, la gran «Obra de Santa María» absorbieron por completo al Señor de Quevedo y fue tanto el trabajo, que se vió obligado a pedir se le dieran colaboradores.

Se trataba de dirigir al mismo tiempo en la vida austera y abnegada, a aquellas Religiosas que a su vez deberían formar el corazón de sus alumnas en una piedad profunda y abnegada, para ser a su vez las futuras religiosas o las futuras madres de familia, según fuera su vocación. Esta misión delicadísima es la que desempeñó el Señor de Quevedo con verdadero acierto.

La energía y abnegación que el Señor de Quevedo tuvo que emplear en esas obras, sólo son verdaderos testigos las Hermanas de la Cruz y sus hijas de confesión. Sus antiguas como se complacía él en llamarlas. ¡Cuántas almas dirigió, cuántas casi perdidas, supo enderezar en el buen camino!, y también sobre todo, cuánta caridad hizo su mano discreta y siempre abierta para los necesitados, para aquellos desheredados de la fortuna que sólo de él recibían limosnas y ayuda en todos sentidos, a

tal grado, que la caridad y buen corazón del Sacerdote de Quevedo llegó a parecerles una cosa enteramente natural!...

Esto es extraordinario, pero fue realidad, que gastando más de lo que tenía y sin llevar cuentas, logró edificar él solo, la grandiosa capilla de la calle Douer. Este santo hombre había comprendido que el verdadero hogar de las Hijas de la Cruz y de toda la obra cristiana, es la casa de Dios y por eso la hizo elegante, bonita y atractiva.

Su obra predilecta entre todas, fue sin embargo, siempre la de Santa María, los cuarenta años que les dedicó de su vida fue una serie ininterrumpida de sacrificios, de caridad y abnegación sin límites. Cuando Monseñor Haramboure se las entregó a raíz de su llegada a Bayona, la obra parecía casi perdida, pues sólo contaba con un subsidio de 40 frs. 95 céntimos, pero eso sí, con numerosas almas abnegadas que él supo aprovechar. Pronto el número de niñas asiladas, llegó a treinta, cuarenta y más. El dinero ya no faltaba y sólo Dios sabía con qué penalidades se conseguía; pero con qué generosidad se gastaba en provecho de esas niñas. La obra creció y llegó a tener una importancia, que causó la admiración de todo Bayona. Hasta los trece años las niñas hacen sus estudios; luego viene la práctica en los distintos oficios, costura, artes manuales y demás industrias del Obrador. Una vez convertidas en especialistas y hábiles obreras, siguen trabajando y empiezan a ganar con la venta de sus productos. El dinero se les guarda en un sistema de libretas de capitalización que después de algunos años les formaba un pequeño capital que se les entregaba al salir de la casa, para hacerse útiles en la sociedad, o para muchas fue su dote de casamiento. Con qué cariño y cuánta inteligencia el Sacerdote de Quevedo dirigía él mismo esos noviazgos hasta que les daba la bendición nupcial, sin olvidar su ayuda monetaria que prudentemente agregaba a la canastilla de la novia, y después, con cuanta alegría visitaba esos hogares verdaderamente cristianos, obra de sus sanos consejos!...

Así fue durante muchos años la vida del Sacerdote de Quevedo, hasta que a insinuación del Obispo, Monseñor Lacroix fue nombrado, pero sin renunciar a su nacionalidad mexicana, Canónigo titular de la Catedral de Bayona el año de 1873. Esto no se hizo, sino venciendo muchas dificultades con el Gobierno Francés. Los ministros de aquella época eran todos católicos, pero no comprendían la alta significación que tenía la idea de Monseñor Lacroix, al querer introducir en el Cabilido de Nuestra Señora, al insigne Sacerdote que honraba la diócesis con su abnegación y caridad para con la juventud Bayonesa, tampoco comprendían la delicadeza de ese mexicano que nunca quiso renegar de su patria, el lejano México, que apenas conoció, pero que amaba de corazón, y ni al precio de los honores quiso renunciar a esa nacionalidad. El nombramiento del Señor de Quevedo fue por fin concedido, causando la alegría de todos sus numerosos ami-

gos, pero pronto fue seguido de un cruel desengaño.

Diez años después de ese acontecimiento, nuestras escuelas comunales tan admirablemente organizadas eran cruelmente atacadas, disueltas o confiscadas por el Gobierno que se encargó de la educación, haciéndola enteramente laica. Y no hubo una palabra de agradecimiento para esas pobres religiosas de la Cruz y para esos sacerdotes que con tanta caridad y abnegación habían durante cincuenta años, educado a las juventudes de Bayona. El consejo municipal pagó a todos esos abnegados sacerdotes y religiosas sus sacrificios, con la más negra de las ingratitudes: el silencio y el olvido.

Sin embargo, a los cuatro años de esos acontecimientos y cuando ya la efervescencia de las pasiones había pasado un poco, el consejo municipal de Bayona con motivo de un honor que se le hizo al Sacerdote Souriges por sus esfuerzos en pro de la educación, se acordó también del Sr. de Quevedo y en un memorial en donde hace la sencilla descripción de lo que fue la obra de Santa María, convenció a toda la ciudad más elocuentemente que todos los discursos.

Y como muchos de sus amigos lo tenían a mal que perdonara y recibiera honores de aquellos mismos personajes que habían contribuido a la expulsión de las hermanas y del párroco, de sus propias escuelas. El les contestaba: «Déjenlos, empiezan a devolvernos lo que nos han quitado».

Y con más entusiasmo y más caridad que nunca, se puso a trabajar en la restauración de la educación cristiana; pues se trataba de la felicidad de sus hijas y del triunfo de sus queridas Hermanas de la Cruz que tanto bien deberían de hacer todavía entre la juventud.

Así fue como el nombre del Sacerdote de Quevedo quedó para siempre grabado junto al del Sr. Lapeyrere en esta santa cruzada de la enseñanza cristiana.

Su actividad incansable, la amabilidad constante del Sr. de Quevedo, supo extenderla en toda la Sociedad bayonesa y fue gracias a sus numerosas amistades de familia que pudo introducir fácilmente en el Centro Católico, la influencia de sus enseñanzas religiosamente. Entre sus compañeros de Cabildo, lo mismo que de los demás sacerdotes, su indulgencia y afabilidad eran el fruto de una gran experiencia y observación de los hombres y de las cosas.

Y este hombre que con la pluma en la mano o en el púlpito, nunca pensaba en la elocuencia ni en las bellas palabras, porque todo eso era siempre natural en él, escribía también con toda naturalidad, cartas encantadoras de un estilo elevado, al mismo tiempo que muy sencillo, todo eso porque el alma del Sacerdote de Quevedo fue una alma verdaderamente sacerdotal pura, santa, abnegada y abrasada exclusivamente en el amor de las almas.

Parecía que los últimos años, de una vida tan completa con-

sagrada al bien de las almas y a procurar la felicidad de todos, serían tranquilos y reposados en el retiro, pero Monseñor de Quevedo era de esos hombres que no deben descansar. Apoyo y consuelo de tantas almas, teniendo a su cargo intereses de numerosas personas que administraba y defendía con empeño, tenía que viajar mucho, tanto en España como en Italia.

Fue en uno de esos viajes, cuando tuvo una larga entrevista con su Santidad el Papa León XIII para poner en sus manos la suma de más de dos millones para la propagación de la Fe, producto de un capital perteneciente a un loco de quien era tutor y albacea, y que murió sin dejar ningún heredero.

Fue también en ese viaje que contrajo la enfermedad que más tarde vino a causar su muerte.

Regresaba sin embargo de la Ciudad Eterna, santamente orgulloso por sus hijas de la Cruz de los honores romanos recibidos ahí como recompensa a su actividad y abnegación. Feliz sobre todo del paternal acogimiento del jefe de la Iglesia. En Bayona todos sus amigos, sus hijos e hijas de confesión y las hermanas de la Cruz lo recibieron con una alegría desbordante y esto fue un gran estímulo para preparar sus bodas de oro como Sacerdote. La capilla de la Calle de Douer, recibió una nueva decoración y el Reverendo Padre Touchet vicario general de la Ciudad de Besancon, aceptó con júbilo, el dulce honor de presidir la ceremonia y de saludar con sus palabras elocuentes, al constante amigo de Monseñor Ducellier. Y como para hacer menos larga la espera de esa fecha memorable del 13 de junio, el Santo Padre León XIII envió al santo y abnegado Sacerdote, una medalla de oro y el título de protonotario apostólico. Afortunadamente estos honores pudo todavía disfrutarlos. Pues para lo demás Nuestro Señor ya no le prestó salud y con gran pena y desconsuelo de todos sus amigos, fue en el cielo a donde se celebraron las bodas de oro de este abnegado Sacerdote cuya vida entera y por completo se consagró a su servicio y Gloria.

El cuerpo de Monseñor de Quevedo estuvo piadosamente expuesto en el ataúd y revestido de sus hábitos sacerdotales. Las guardias fueron constantemente cubiertas por las Hermanas de la Cruz a quien acompañaron alternativamente de hora en hora, todos los reverendos Padres del Cabildo de Nuestra Señora, por el Capellán de las Hermanas y por su propio confesor el Reverendo Padre Lullier, cuyo cariño y abnegación fueron un gran consuelo para el Sacerdote de Quevedo en sus últimos momentos. No faltó tampoco en número extraordinario y constantemente, amigos, alumnos, obreras, criadas, señores y señoras de todos los rangos de la sociedad de Bayona, todos se acercaban a contemplar por última vez, las facciones queridas del Reverendo Padre de Quevedo, el amigo de todos, el consuelo y apoyo de tantas almas desgraciadas.

Los funerales fueron presididos por el señor Obispo y todas las principales autoridades eclesiásticas de la ciudad.

Que repose en paz en la tumba de familia en donde lo esperaban ya, los restos de sus padres, y no fue sin un verdadero sentimiento y dolor que vimos desaparecer con Monseñor de Quevedo a uno de los últimos Sacerdotes de corazón ardiente y abnegación heroica, de clara inteligencia y caridad sublime para todo y para todos, y que hizo resaltar la gloria de la Iglesia, por encima de todo, venciendo penas, persecuciones y dificultades. Lloraremos por largo tiempo a este amigo de los pobres y de los hijos del pueblo.

En cuanto a El, fiel servidor, debe ya haber recibido del Todopoderoso, la recompensa de su vida ejemplar, sencillamente como él aún en vida tantas veces nos lo pidió.

• • •

Mons. de Quevedo amó a México, su Patria. No pudo personalmente ser apóstol en ella; pero transmitió su espíritu, su fervor y su celo, a los numerosos parientes de su nombre, que viven cristianamente aquí.

Dos sobrinos ingenieros, crecidos y educados en Francia, al lado de Monseñor, trajeron a México el recuerdo y el ejemplo de sus virtudes. Varios descendientes han renovado en la vida religiosa, entre nosotros, la virtud del santo Sacerdote.

Hay que mencionar particularmente a una sobrina de Monseñor, que fue la gran colaboradora del Sacerdote Mexicano, D. J. De Yermo y Parres, en la fundación del Instituto de las «Servas del Sagrado Corazón de Jesús y de los pobres». Esa fundación, muy parecida a la de las Hermanas de la Cruz de Bayona, ha hecho y hace gran bien en nuestra Patria y fuera de ella.

Es justo que la Iglesia mexicana recuerde al que la honró con sus virtudes en tierra extranjera.

HOMENAJE DE LA IGLESIA DE DIOS EN MEXICO A LA SANTIDAD DE PIO XI

Por Mons. Agustín de la Cueva.

Ejemplar: \$ 15.00.

Album verdaderamente precioso y que vale la pena conocer y conservar. Es una copia fiel en hueco-grabado del magnífico Album que el Ilmo. y Rvmo. Monseñor de la Cueva presentó en propias manos a nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI. Contiene el Album, el retrato de cada uno de nuestros Excmos. y Rvmos. Prelados y su correspondiente escudo, las Catedrales de toda la República y un mapa de cada una de las Diócesis.

UNICAMENTE se hacen los envíos, C.O.D. o por correo reembolso, o enviando el importe al hacer el pedido; en este último caso, los gastos de correo, son por nuestra cuenta.

«BUENA PRENSA»,
México, D. F.

Donceles 93-A.

Apartado 2181.

El canto Gregoriano y el pueblo

El arte es para todos, o no existe. La Belleza, como la Verdad y el Bien, es semejante al sol que sale para todos los hombres por igual. No hay dos bellezas: una para los ricos y otra para los pobres, sino una sola. Del mismo modo hay un solo arte, una sola moral y una sola sabiduría.

Es cierto que las formas más elevadas de la manifestación artística, no son igualmente accesibles a todos los hombres, en el mismo grado. Hay, como en todas las cosas, una iniciación que agudiza la capacidad asimiladora de cada uno; y esa misma capacidad varía de un individuo a otro; pero esta diferencia es subjetiva y no objetiva.

También hay ciegos que no pueden ver la luz del sol y sin embargo éste los sigue iluminando, como a los videntes.

Hay formas más o menos puras de arte; pero el arte auténtico ha tenido siempre un sello inconfundible de universalidad y puede decirse, en términos generales, que es de todos y para todos los hombres.

Pese a la crítica, al estudio, al análisis, a los tratados, para comprender y sentir una escena de Hamlet, un canto de la Divina Comedia, basta ser un individuo de la especie humana, no atrofiado por prejuicio de una falsa cultura. Al principio, no se podrá estimar todo el valor de la obra; pero luego, poco a poco, se irá penetrando en su contenido, y al fin, resplandecerá la belleza o la verdad, la poesía o el interés, con toda claridad.

Todas las artes tienen este carácter; pero la música, de un modo particular, nos habla en su vago lenguaje, de un mundo más amplio y universal todavía y mueve nuestros sentimientos hacia esferas no sólo superiores por elevación, sino también grandes por extensión, porque nos comunica con hombres de otras razas, creencias y lenguas.

El verdadero músico se mueve en un plano que, a menudo, los demás no comprenden ni sospechan: un plano de tal efectividad, que no puede dar cabida, por mucho tiempo, a los instintos y sentimientos inferiores. Por eso, siempre se ha atribuido a la música un papel redentor: ella nos libra del lastre de inferioridad que todos arrastramos.

La tragedia antigua, fundada sobre el espíritu de la música, con la base del canto coral, era, según Aristóteles, una liberación de los sentimientos de piedad y terror, una especie de desahogo de aquellos impulsos que, en estado latente al menos, existen en todos los hombres.

Ese papel purificador, consolador, universalmente redentor del arte y de la música sobre todo, lo comprende todo individuo que haya sentido alguna emoción frente a cualquier canto popular.

Por eso no se concibe educación sin canto.

Esa liberación se opera mediante un sentimiento de amor que impulsa siempre a todo el que canta.

Cantar, dice San Agustín, es propio de amantes; y Shakespeare desconfía del hombre que no siente la música.

Todo coro tiende a ser la manifestación colectiva de un amor. El coro polifónico, en rigor, es dúo, trío o cuarteto con más o menos elementos.

El coro propiamente dicho es voz de las masas: voz del pueblo. Y la voz del pueblo es unisónica, es una sola voz.

Coro de grupos, de «fracciones» es coro a medias.

Hay quien niega, por pretendidas razones estéticas, el coro unisónico y sólo admite el canto coral a varias voces.

Sin embargo, el coro de la tragedia que ya educó al pueblo helénico y el de los siglos V a XIII a la cristiandad, ambos fueron unisónicos.

Si el arte languidece en muchas partes, es porque se separa del pueblo para ser la expresión del sentimiento de una «élite».

¿Qué diremos si se trata del arie religioso, del canto de la Iglesia?

Unida la melodía a la palabra sagrada y, sobre todo, en boca de la Iglesia: más: voz oficial de la Asamblea Universal, adquiere el grado máximo del poder libertador, redentor; el cual, no limitado al estrecho campo natural o positivo, llega a lo sobrenatural; mejor dicho: parte de lo sobrenatural.

La oración litúrgica, cantada por la masa del pueblo, santifica y enseña el camino de la libertad.

Aquí la verdad se manifiesta integralmente; y se ha dicho: La verdad os hará libres.

¡Oh, admirable libertad del puro y verdadero amor! Esta es la gran enseñanza del coro litúrgico.

Nada aquí de separaciones, de divisiones entre los hombres, hijas del odio, de la rivalidad y de las potencias del mal. Al contrario, cuando toda la masa popular canta en la Iglesia el canto gregoriano, manifiesta perfectamente su amor. En cambio, cuando no se canta, se muestra que no se ama.

Y ¿cómo podría expresarse esa libertad del amor, esa fraternidad de la familia cristiana, esa igualdad de todos los hombres, si no fuera en el unísono del canto coral?....

Pero hay algo más:

Es muy difícil, es casi imposible un total acuerdo de todos los hombres, en el dominio de las nociones abstractas, y de las opiniones. Sin necesidad de tocar las mil divergencias legítimas en el campo literario, social o político, por ejemplo; aun en lo religioso, fuera del dogma mismo, hay, en la duda, pleno derecho a la libertad de opiniones y criterios.

En cambio, la oración es, debe ser, lo más unitiva posible y sólo la música puede realizar plenamente esa unión tan deseable y feliz, porque la música es amor.

Nuestro afán apostólico debe por lo tanto empezar por esa unión fundamental de las almas en Dios, que es la Unidad misma: unión que la oración litúrgica por el canto gregoriano realiza del modo más perfecto.

¿De qué nos valdría toda catequesis, toda instrucción particular, con carácter individual o reducida a centros determinados si además, y de un modo imprescindible no se trata por todos los medios de dar al pueblo amplia entrada, y total participación activa en la misa y demás ceremonias del culto?

Olvidamos a menudo el carácter católico, es decir, universal, popular de nuestra religión, manifestado indudablemente en el canto gregoriano, la plegaria oficial de la Iglesia, voz inmensa de la asamblea, que atrae, y une y funde todas las voces individuales, más allá de las miserias terrenas que las separan, para llevarlas en alas de la fe y del amor hacia la Vida verdadera de libertad, de alegría, de felicidad y de paz, la vida divina oculta en el seno de la misma comunidad, más allá de todos los nacionalismos, por grandes y legítimos que sean.

Juan Carlos Fernández, O. S. B.

La Perenne Actualidad del Motu Propria de Pío X

El 22 de noviembre de 1903, lanzó al mundo el santo e inmortal Pontífice, su célebre documento sobre la reglamentación de la Música Sagrada en las funciones litúrgicas. Este divino mensaje y providencial tabla de salvación llegaba en un tiempo en que el caos mundano había invadido también el sagrado recinto de nuestros templos. Por él, nuestros santuarios debían renunciar a ser «teatros con campanario» y la música volvería a ocupar el puesto que le pertenecía, sin tomarse las atribuciones de tirana de la liturgia. La Historia nos permite asistir a un tan descuajado desorden de valores, que un estudioso imparcial ve, con toda su fuerza, la actitud del salvador Pontífice, que tanta «intranquilidad» había de producir no sólo en espíritus «musicales» sino también en musicales-clericales».

Siendo Patriarca de Venecia palpó Pío X —con la inmediatez que le permitía su cargo— las fatales consecuencias de esta adulteración. Nuestros templos rebosaban de gentes ansiosas de asistir, no al santo sacrificio en el que Cristo se inmolaba por ellos, sino a la tremenda emoción que iban a experimentar en todo y por todo, imbuída y saturada de profanidad. Esto a la larga llegaría a fatales desenlaces. Las orquestas, los coros y los solistas, luchaban en las terroríficas ejecuciones que sólo tenían de sagradas la adulterada letra, que gemía abrumada por ese mar de «bombos, platillos, cornetines, trompas, etc.»; con razón un antiguo adagio había dicho de estos cantores:

*Ut boves in pratibus
Sic vos in choro boatis.*

(Como bueyes en los prados, así vosotros mugís en el Coro, Barbadillo, O. S. B.). Para presentar a mis lectores un ejemplo que nos sirva de índice para comprender las profanaciones que se hacían en aquellos tiempos, del Templo, de la casa de oración, en las cuales tomaba parte hasta el mismo clero, oigan el célebre caso de Liszt que nos cuenta Barbadillo:

Liszt inauguró su Misa de Grau en 1896 así: fue en S. Eustaquio. Liszt entró en la Iglesia por la gran puerta, rodeado de guardias suizos y acompañado de todo el clero (!). Avanzó por entre la aglomerada muchedumbre ansiosa de verle y él esbozaba con su mano (que había escrito tantas corcheas), unos gestos discretos que por muy poco no fueron verdaderas cruces. Delante de él iba un acólito tieso como un huso, llevando en preciosa bandeja, la partitura monumental de la Misa. Su autor fue a sentarse sobre un trono, y desde esa "cátedra" se contentó en esta ocasión, con presidir la ejecución de su misa, confiando su dirección a Dedelvez (director de la ópera). El éxito fue rotundo y Liszt sonreía incesantemente al público. La salida triunfal, verdadera apoteosis del incomparable maestro». Huelgan comentarios. ¿Causas de semejantes e inauditos abusos?... «...el gusto superficial del tiempo, los abusos de la música instrumental, la corriente "giuseppinística" que se sobreponía a la autoridad de la Iglesia, y a fines del siglo XVIII, el desconcierto de la revolución francesa, la guerra napoleónica, el influjo maléfico de la legislación laica que había dispersado las órdenes religiosas, etc., etc.» Gracias a Dios en nuestros días no se oyen tales barbaridades, pero es ciertamente digno de lástima, el absoluto olvido en que se tienen las directivas de la Iglesia en este punto y actualmente en no pocas de nuestras Iglesias (a treinta y seis años del Motu-Proprio), se vive una vida litúrgica completamente opuesta a aquella que nos exige la mente de los soberanos Pontífices. Cuando echamos una mirada de conjunto sobre nuestros templos y nos acordamos que en una cláusula del Motu-Proprio, N.º 3, se dice: «procúrese especialmente que el pueblo vuelva a adquirir la costumbre de usar el Canto Gregoriano para que los fieles lomen de nuevo, parte más activa en el oficio litúrgico, como solían antiguamente», nos decimos: ¡qué lejos estamos aún de todo esto! ¿El pueblo con el Canto Gregoriano? Los malos ejemplos nos han rodeado de una atmósfera tan contraria a esta idea, que a primera vista nos parece incompatible la unión del momiático pueblo que frecuenta nuestras iglesias, con el dinamismo que exige la participación en el canto litúrgico, que principalmente lo es el Gregoriano. Pero penetremos más adentro, y en eso que por de fuera nos parece una «momia», encontraremos potencialidades que tenemos que actualizar. Hoy día en casi todas nuestras iglesias, los fieles son meros espectadores, que... miran (y no sólo al altar...!). Van a la Misa, p^o

que hay obligación, pero con deseos ardentísimos de salir cuanto antes. Para muchos de ellos, la soberana participación del pueblo en el santo sacrificio, que no es un mero símbolo (*Offerimus tibi Domine; Suscipe Sancta Trinitas... quam tibi offerimus*), sino una dulcísima realidad, carece de sentido. Esta posición pasiva prolongada por muchos años, llegará —no lo dudemos— a entibiar la fe. ¿Queremos un principio restaurador, que avive la fe de nuestro pueblo?

Impongamos el Canto litúrgico, tal como nos lo manda la Iglesia: «los fieles no estén como extraños o mudos espectadores, sino comprendidos verdaderamente y penetrados por la belleza de la liturgia asistan de tal modo a las sagradas funciones —aun cuando en ellas se celebren Procesiones solemnes— que alterne su voz, según las debidas normas, con la del sacerdote y la del coro o Schola Cantorum». (*Divini cultus sanctitatem*. — Pío XI, N.º IX). No queremos decir con esto, que éste sea el único medio de participación, sino que es uno de los principales y que es el que únicamente abordamos aquí, prescindiendo de todos los demás —por supuesto, — sin excluirlas.

Bajemos y tomemos un poco la realidad. ¿Qué hemos hecho hasta ahora? Nada o casi nada. Se me dirá que todo lo anteriormente expuesto, en la región de la «metafísica», está muy bien, pero la vida real responde de otra manera. Oigamos al difunto Pontífice Pío XI: «Y ello será más fácil de obtener, si esta instrucción en el Canto litúrgico se da principalmente en las escuelas, congregaciones y otras instituciones piadosas. Asimismo las comunidades de religiosas, de monjas e instituciones femeninas, sean celosas por conseguir este fin en los diversos establecimientos de educación que les están confiados...» (*Divini cultus sanctitatem*, N.º X). No creo que se pueda hablar más claro. ¿Se cumple esto en nuestros colegios católicos?... Por lo menos, ¿hemos trabajado en este sentido para infiltrar en nuestros educandos el amor al Canto litúrgico? Es tiempo ya de empezar. Tarea fácil por otra parte, pues tenemos en nuestras manos a toda esa masa estudiantil, maleable siempre y dócil a nuestras iniciativas.

El pueblo no sabe el latín. Esta objeción tiempo hace ya que ha sido resuelta. Aprovecharé ahora para manifestar cómo con un poco de trabajo metódico se puede llegar a obtener que gente sin estudios del latín cante perfectamente en dicha lengua.

Aprovechando el actual movimiento litúrgico, que en realidad adquiere proporciones colosales, hemos de acelerar el resurgimiento anhelado y servirnos del instrumento providencial deparado en la Acción Católica, cuyas dinámicas huestes están transformando lentamente el ambiente espiritual de nuestros pueblos. Para esto hemos de partir de un hecho, cuya objetivización es patente. Muchas personas de las que asisten a las litúrgicas ceremonias, conocen los Cantos, pero por esa natural vergüenza del [qué dirán], si se encuentran aisladas en cantar las divinas alabanzas, permanecen mudas, contribuyendo todas ellas a im-

primir un carácter más cadavérico a nuestro pueblo creyente. En cambio, si ven que jóvenes llenos de entusiasmo no temen alabar a Dios con el canto litúrgico, antes por el contrario, patentizan la fe que llevan en sus almas por medio de esta «oración cantada», se unirán también y llegará un día en que sea el pueblo cristiano el que tome parte activa en la celebración de los divinos misterios, y excitada así la devoción de los fieles «se preparen mejor a recibir los frutos de la gracia, propios de la celebración de los sagrados misterios» (M. P. 1º). Hoy día en que se ha propagado tanto el Misal entre los fieles —con el fruto que se deja entender— aparece más sencillo el problema.

El Congreso Sevillano de Música Sagrada celebrado en noviembre de 1908 para solucionar el problema que nos ocupa, da un interesante consejo que deseo transcribir fielmente. Dice así: «que en los días en que asiste mayor concurrencia de fieles a la Iglesia se canten misas gregorianas o de música figurada fácil y se "repita muchas veces" la misma a fin de que el pueblo lleve también a aprenderla».

Y ¿el canto popular? Si analizamos la documentación oficial, veremos siempre que la tendencia general está orientada a la restauración del genuino canto litúrgico, el Gregoriano, juntamente con el Polifónico que es el que «más se acerca en aire, inspiración y sabor a la melodía gregoriana».

Por de pronto, para que puedan ser ejecutados, han de tener la aprobación de la Comisión Diocesana de Música Sagrada.

Muchos de nuestros cantos carecen en absoluto, de todo valor, no ya científico, pero mucho más religioso. ¿Cómo remediar este mal? Para algo ha mandado el Papa la fundación de Comisiones Diocesanas que se encargen de esto. Creo que el verdadero espíritu de la Iglesia, que flota sobre toda la documentación pontificia, es que en las funciones litúrgicas se cante en latín —por todo el pueblo, por supuesto,— cantos relacionados con las mismas y con el tiempo litúrgico en curso, como son por ejemplo, las fiestas y octavas de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de los Santos; Pascua, Adviento, Navidad. Los cantos en lengua vulgar se pueden dejar para funciones extralitúrgicas o bien una vez finalizadas las primeras, como podría ser por ejemplo el final de las misas rezadas.

EL CANTO DE LAS MUJERES EN LA IGLESIA

La Iglesia en su posición, siempre decidida, de que la mujer «in ecclesia taceat» prohíbe de una manera terminante, por el carácter del oficio coral, la actuación de la misma, como parte integrante en el coro, para la celebración de los divinos misterios. ¿Por qué? Sigamos el raciocinio del Motu-Propio: «...de manera que los cantores, aun cuando sean seglares, hacen propiamente el oficio de coro eclesiástico» M. P. N° 12. «...Del mismo principio se deduce que los cantores desempeñan en la Iglesia un ofi-

cio litúrgico, por lo cual las "mujeres" que no pueden desempeñar tal oficio, no pueden tampoco ser admitidas a formar parte del coro o capilla musical». M. P. N° 13. Con todo, este principio absoluto, en el que se manda que la mujer no tome parte en el Coro, no prohíbe que ella, en cuanto forma parte del pueblo cristiano, puede cantar. — Al contrario, éste es el vivo deseo de la Iglesia. — Resumiendo brevemente: queda prohibido el canto exclusivo de las mujeres y permitido el *alterno*. Con todo, la misma Sagrada Congregación de Ritos (4210 ad II), respondiendo a una pregunta que se le hizo sobre el particular, dice: «que no se admita el canto exclusivo de las mujeres, sino por una grave causa conocida por el Obispo y siempre con gran mesura, para evitar cualquier desmán en este sentido...» Como se ve, la mente explícita de la autoridad competente es negativa. Todo el «quid» está en asignar la «causa grave» que en muchos casos no es sino pereza.

Es mucho más fácil y cómodo tener «coro» de unas cuantas señoritas que son más dóciles y que a su placer hacen sus programas musicales (ignorando las leyes eclesiásticas), que formar seriamente un coro de voces viriles, salpicado y hermoseado con la voz infantil. Los párrocos que se hayan tomado este trabajo, me dirán si han sido inútiles sus esfuerzos. Empiécese por un grupo pequeño. Ejecútense melodías gregorianas fáciles.

Nadie dirá que sea ministerio ajeno al sacerdocio, el dedicar algunos momentos al cultivo del canto litúrgico, con una porción escogida de hombres jóvenes y niños, que poco a poco se vayan componiendo de este espíritu, consiguiendo como fruto, tenerlos más cercanos al hogar espiritual: la Parroquia.

De ordinario el oficio de cantor se mira bajo el aspecto meramente musical. Este es otro error capital que encontramos bastante arraigado. Tres o cuatro voces de gran dinamismo sonoro hacen retumbar la Iglesia, con una interpretación que cuadra perfectamente en un trozo de ópera. ¿Después? Se entabla entre ellos una conversación animada sobre puntos de actualidad. Mi pobre talento no alcanza a percibir el punto de contacto entre esta clase de cantores y los que exige el Motu-Propio. «Por último, no ver en la capilla de músicas sino hombres de "conocida piedad y probidad de vida", que con su "modestia" y religiosa actitud durante las solemnidades litúrgicas se muestren dignos del santo oficio que desempeñan...»

Reflexionemos y manos a la obra. Muchas ya trabajan. ¿Por qué no seguir sus pisadas? El lema de Pío X, no muere con él: «Instaurare omnia in Christo».

F. Dussuel, S. J.

SECCION PASTORAL

El Parroco y la Parroquia

AL ENTRAR EN LA PARROQUIA

TOMA DE POSESION

Cada uno de nosotros debe grabar en lo íntimo de su alma y de algún otro modo, para que jamás se borre, la fecha de entrada en su parroquia, el día y las circunstancias de la toma de posesión, pues, comienza allí, con tan sencilla ceremonia, una orientación, completamente nueva y marcadamente trascendental de nuestra vida.

El recibimiento y la acogida que se suele dispensar a los Curas entrantes, sean éstos novicios, o ya prácticos en los ministerios parroquiales, los podríamos encuadrar en las siguientes categorías: 1ª - entusiastas o de exaltación de entusiasmos por parte del pueblo; — 2ª - satisfactorios, es decir, agradables, sin grandes explosiones de fervor; — 3ª - fríos o indiferentes, que pasan inadvertidos; — 4ª - franca y decididamente hostiles.

Para gloria de Dios y consuelo nuestro, se registran no pocos de los primeros. Los párrocos destinados a dirigirlos, deben sentirse muy abrumados al cargar con peso tan respetable. Es de una tremenda responsabilidad ponerse al frente de porciones escogidas, sabiendo que Dios las confía a su solicitud paternal para que por ella, no sólo se conserve incólume, sino también se intensifique y prospere el aval valiosísimo de virtudes depositadas en aquellas almas.

Los vítores, pues, y las aclamaciones que reciben en el día de su entrada triunfal recrearán, como es lógico, sus oídos, llegando agradables hasta su corazón, pero no deben embriagar tanto su alma que no le dejen percibir los santos temores de la conciencia, allí fuertemente conmovida.

* * *

En el polo opuesto están aquellos a quienes la Providencia escoge para introducirlos desde los comienzos entre gentes enemigas del nombre de Dios. Los hay y yo los conozco. Muchos los juzgan desgraciados, pero se hace preciso reaccionar contra ese sentimentalismo naturalista, pagano y nada sacerdotal.

El tolle, tolle, con que los agasajan los suyos al verles tomar posesión de la parroquia, acaso hiera y lastime sus entrañas, tal vez logre acobardarlos momentáneamente, más nunca debe transformarse su criterio de apóstoles hasta desmoralizarlos en sus planes de nuevas conquistas espirituales. Esos pueblos, muchos de ellos, por lo menos, acaso tienen el prejuicio de lo pasado: ac-

so protestan, no contra la persona sagrada, sino contra algunas que desfiguraron su misión divina, y todos sus odios de ahora estallan ante el temor de posibles perpetuaciones...

¿Qué necesitarán aquellos Curas, objeto de manifiestos agravios en el instante de dar el ósculo de paz a sus nuevos hijos? sencillamente, acordarse mucho del benditísimo Jesús, y sellar sus labios, templar sus nervios, calmar su pesadumbre aceptando esa cruz para purificación de sus faltas, y aislarse, aislarse luego con el único amigo que no les abandonará, allá junto al Sagrario, junto al Corazón de Cristo, entonces más que nunca amoroso, entonces sobremanera su protector y padre... Y si, por suprema desgracia, el virus se hubiese filtrado hasta la médula; si sus feligreses sintieran ya diabólica animadversión contra todo lo sobrenatural, y no fueran las personas, los ministros, sino lo por ellos representado lo que suscita sus repugnancias, ¡ahí, tampoco han de perder la tranquilidad interior, ni desanimarse creyendo que tales comienzos han de dar giro indefectible a futuras actuaciones... ¡Todas las leyes humanas, y los cálculos y cuantos presentimientos forja nuestro corazón, caen a un sencillo soplo de la gracia divina! Se han visto ya tantos casos de grandes cambios... Hay en la historia de nuestro ministerio tantas sorpresas...

* * *

Peor que éstos, y mil veces peor, se encuentran los sacerdotes encargados de regir parroquias indiferentes. En el orden moral como en el físico, el frío aplanar, entumece, descorazona. Los mismos gritos pidiendo poco menos que la cabeza del nuevo pastor, despiertan casi siempre dormidas energías, y, por una reacción bastante humana, contesta el agraviado con decisiones supremas, poniendo a contribución, para aprovecharse de aquel campo cuyas condiciones le son manifiestas desde los comienzos, toda su fe, todo su celo, la máxima desconfianza en sus propios recursos y todo su valor en el auxilio de Dios.

En las entradas que estudiamos, en ese vacío, cuando nadie concede importancia, ni se preocupa; cuando se posee un sacerdote de una parroquia muerta a la fe, despegada de las cosas de Dios, porque ya no las siente como los cadáveres, porque no le interesa, como si con ella no rezara, la religión... ¡ahí, ahí, ahí, es donde el ánimo mejor templado se apena, se sobrecoge y donde corre gran peligro de caer en tremendo desaliento.

Pobres hermanos míos que así comenzáis vuestro ministerio santo..., ¡no desmayéis! Dios está arriba...

Ni oleadas de entusiasmo, ni tampoco el frío de la indiferencia, menos aún los clamores de hostilidad, me acogieron al poner pie en mi parroquia. No es poco poder consignar aquí que, si no me sorprendieron gratísimas y fervorosas demostraciones, fueron ellas suficientemente agradables, y de carácter un tanto esperanzador.

INSTANTES SOLEMNES

Tiene el hombre, en el curso de su vida, ciertas horas sobremañera solemnes, por lo decisivas e intensamente apreciadas.

Pocas horas cuenta la historia de nuestra existencia tan graves y majestuosas, como aquellas que se deslizan durante la ceremonia de la toma de posesión de una parroquia, sobre todo si, como me sucedía a mí, jamás se ha pasado por tan imponente trance.

Yo no sé por qué estoy seguro de que la observación podrían suscribirla todos los párrocos) en aquellos momentos parece que la vida entera se retrotrae, y como si toda ella se condensara, sin confusiones, en aquellos momentos.

Yo puedo decir de mí, que dos fechas, entre todas las otras, flotaban sobre mi mente, mientras discurría la toma de posesión: la de mi comunión primera y la de mi ordenación sacerdotal; los días de nuestros más exaltados sentimientos, los que constituyen en el camino del vivir, jalones prominentes, jamás olvidados para los que tales mercedes recibimos.

Emocionante, majestuosa de verdad, ha sido para todos, la fecha de la primera comunión, aquella en que Cristo Jesús, Hostia de amor, de pureza y de sacrificio, liba por vez primera, en el cáliz de la inocencia, el candor de nuestra infancia, el néctar purísimo de la infantil sencillez.

Sublime aparece también, aquel otro instante durante el cual el hijo del Santuario se ofrece en el altar de las inmolaciones, y con el dulcísimo abrazo de una vocación, visiblemente allí aceptada por el Cielo, queda unido al Redentor, ungido por sacerdote y enviado como apóstol.

Ahí están, vivos, palpitantes, cual si ahora fuesen aún, esos hechos salientes de las misericordias divinas, felices y grandes entre los que por tales consideramos al cristiano y recordamos el sacerdote.... ¿Me creerían si afirmase que parece más imponente, aún más solemne, más trascendental, éste, que tan clavado llevo en mis adentros, el hecho de la toma de posesión?

REFLEXIONEMOS

Sí, porque vale la pena parar mientes en asuntos de tanta monta. Andan por ahí, y bien están cuando están bien, muchos libros y trabajos, ponderando la excelcitud del acto, mediante el cual podemos repetir aquello de «vivo ego, etc.», y de aquel otro por el que el hombre se hace «alter Christus», pero raros son los consagrados a poner de relieve la grandeza de la incorporación sacerdotal a las funciones oficiales y públicas de la Iglesia.

Echase de ver desde luego que allá, en los años de la primera edad, la conciencia no funciona en toda su plenitud. Por eso, aun lo más emotivo de suyo, la primera comunión, nos sa-

cude la entraña, pero a la ligera, sin conmover todo el fondo espiritual, entonces aún en embrión.

La misma ordenación sacerdotal, ciertamente hermosa en sí y terrible, pierde gran parte de su efecto de asombro, habida cuenta de la larga preparación que durante años y años la precede. Las cosas previstas, pensadas y queridas, maduradas detenidamente, nos afectan, mas sin abrumarnos, al pasar de la región del deseo, a la realidad.

Cosa muy distinta me ha sucedido a mí, y acontecerá a no pocos sacerdotes, al encargarse de la cura de almas. Me hallaba ya en plena actuación de la conciencia, en los años más llenos y vigorosos de la vida, y en medio, además, de un trasiego de acontecimientos que me robaron atención, impidiéndome examinar aquel paso con reposo. Sin poder calificarlo de imprevisto, tampoco figura entre los sucesos con gran calma madurados.

Con las llaves del templo en las manos ya, el sacerdote ve realzada, ampliada, su personalidad, y un mundo nuevo, el mundo de lo sobrenatural y de la gracia, se presenta ante sus ojos, negándole la libertad de considerarse dueño y señor de sus propios actos e imponiéndose obligaciones sacratísimas que le hacen salir de la esfera privada en que se movía su conciencia. Las cargas de justicia substituyen a las obras de celo, y cesan allí los actos voluntarios y libres de un apostolado riante, para abrir camino a deberes apremiantes de tremenda responsabilidad. ¿Cómo pensar pueda sufrir todo eso nuestra pobre alma sin verse sobrecogida ante el horizonte impotentísimo de tamañas exigencias?

En la comunión y en la ordenación, Dios nos exige ciertamente correspondencia a la gracia, contribución a su afán. Pero nos da entonces mismo, por la misma exigencia del acto, facilidades estupendas de seguir sus indicaciones. Son, según todos sabemos, sacramentos, y el sacramento es luz y es energía, don y gracia, brío y robustez.

Aquí, en nuestro caso, cambia el modo de actuar la Providencia. Se trata de una mera ceremonia, de una fórmula, de algo externo, y así, trasladándonos, como nos traslada, a un nuevo ambiente, nos eleva a un puesto de enormes responsabilidades, y, exigiéndonos tanto, nada da por sí.

Afortunadamente para todos, Dios se conduce en estos instantes críticos, con especialísima elevación de sus continuas bondades. Allí, en presencia de circunstancias tan graves, cuando el sacerdote, pesándolas con un criterio que jamás suele enjuiciar con mayor acierto, se conmueve de espanto, y, advertido de lo mucho que se le pide, conoce y lamenta lo poquísimo que puede dar; cuando, sobrecogido por su sentida flaqueza, experimenta en todo su poder el testimonio de sus escasos recursos y la grandeza del tributo que se le demanda, y quiere retroceder... en esos instantes, si la humildad es sincera y verdad la vocación,

Dios refuerza con su mano, nuestras debilidades, y merced a su amparo paternal, la mirada del pobre sacerdote se clava en el cielo, mientras sus labios pronuncian el ¡adelante! de las santas audacias, de las resoluciones viriles, de las gracias satisfechas; el grito soberano y valiente, que, dictado por celestial inspiración, salido del fondo del pecho y eco sincero de inclinaciones sobrenaturales, arranca palmas de júbilo en los alcázares de la gloria y perfuma con embriagadores aromas, los caminos de la tierra, porque viene a ser la llamada del hijo a las puertas de la casa de su Padre y el sello augusto de predestinaciones venturosas y casi infalibles.

Esa divina asistencia no me faltó a mí en el atrio de mi iglesia, y emocionado, muy emocionado, aunque también decidido, confié una vez más en la amorosa Providencia y continué la marcha...

En otros términos: recibí las llaves, abrí el templo y penetré en aquella casa de Dios, que lo era asimismo mía.

DENTRO DEL TEMPLO

Busca el pájaro su nido, busca el pez su elemento, y hasta las raras buscan su guarida. Todo en este mundo tiene su rincón, y nada amamos tanto en la tierra, como se ama el hogar.

El templo es, para cuantos creemos, el hogar de todos los hermanos, la mansión de paces, el nido bendito de nuestros cristianos amores. Dentro de sus muros se respira a pulmón pleno el ambiente de las ternuras divinas y se oyen las cadencias de los ruegos y de las plegarias.

Es nuestra casa, porque es la de nuestro Dios; es nuestro refugio, porque es la morada del Padre celestial.

Y si todo eso, y mucho más, es para los cristianos el templo, ¿qué será para el sacerdote, y, sobre todo, para el Cura? ¡Oh!, ¡con qué avidez se penetra en su recinto sagrado! ¡Cómo miran los ojos por doquier y se asoma el alma, ávida de sorpresas!

Cuando se abrieron las puertas de mi templo parroquial, pude yo espaciarme en sus adentros por vez primera. Razones de índole delicadísima me habían prohibido hacerlo antes. Y, eso dicho, ya se deja comprender cuál sería en aquel entonces mi más que natural curiosidad.

La impresión que me produjera, tuvo esa mezcla de satisfacción y de apenamiento que suele constituir el fondo de cuanto toca nuestra alma, mientras no se apodera del bien absoluto. Era espacioso, capaz, pero... ¡pobre, muy pobre en ornato! Me dió tanta tristeza ver sus muros renegridos, sus paredes desaseadas, etc., etc.

ANTE EL SAGRARIO

Es allí, delante del divino Sacramento, a la puerta de aquel

cielo en la tierra, frente a la Hostia inmaculada y pura, fija, como en su trono, en el altar que ha de servir de sagrada mesa a nuestros más íntimos anhelos, a nuestras penas, a nuestros sufragios, oraciones y suspiros, donde el párroco deja el día de su entrada, el alma entera, toda su alma.

¡Oh!, ¡qué dichoso se siente uno, en esas horas de sobresalto y de zozobras, al encontrarse con el único amigo que entiende y sabe, que quiere y puede compadecer y confortar el atribulado corazón! ¡Cómo aumentan, al ponernos a su lado, los bríos, y cómo crece el ánimo y se refuerzan las ansias del sacrificio!

Breves son y pasan pronto esos instantes, los que la ceremonia y el Ritual dejan libres al Cura en esa fecha para que los dedique al Sacramento, pero es muy sincera, ardiente y amorosa aquella oración. Porque, ¡se reza tan bien en momentos como esos! ¡Quema tan intensamente los labios el fervor de la plegaria nacida del mismísimo fondo del corazón! ¡Y trabaja tan a gusto el alma caldeada por el sentimiento de su nada y por la confianza en Aquel que lo es todo y que le abraza, consuela y estrecha contra su regazo de hermano y de Padre! Bienaventurados, llamó un profeta, a los que habitan en la casa del Señor... Felices, felicísimos somos los párrocos, mientras descansamos orando en el Corazón de Jesús, en el hueco de esa Piedra viva, asilo de dulzuras y puerto de salvación de todos cuantos se salvan...

Representantes suyos ya en la parcela de la parroquia, y administradores y plenipotenciarios cerca de las almas, sentimos y apreciamos bien los deberes, las cargas, trabajos y sacrificios que juramos ofrecerle, al mismo tiempo que nos alienta El con sus derechos, privilegios, carismas y prerrogativas.

Afortunadamente, aunque el ministro de Jesucristo sepa bien cuán presto habrá de trasponer para él aquel sol de alegrías que recalienta la atmósfera de su entrada, y aunque avisora horas muy próximas de soledades nada halagüeñas, la seguridad del Sagrario le alienta, la bondad del Divino prisionero le fortalece, y una aire de calmas sobrenaturales, indefectibles y vigorizadas, le obliga a afrontar el misterioso porvenir con la sonrisa confiada de quien descansa en la protección del árbitro de todas las contingencias.

Y así confortado, rejuvenecido, cual otro Moisés ante la Majestad Sagrada, bajé del altar para dirigir la palabra a mi auditorio.

EL PRIMER SALUDO

No sé quién dijo, pero la frase resulta afortunada y bastante exacta, que «cuando el corazón siente con vehemencia, la cabeza no está para discurrir». Y eso acontece en aquella ocasión, cuando el párroco entrante quiere saludar a sus nuevos feligreses; que anda tan acelerado el pulso como torpes la inteligencia y la lengua.

De ahí nace una gran dificultad para dar comienzo en aquella peroración que hemos de hacer, y acaso también con eso se explica que apenas haya un sacerdote, mejor dicho, un solo párroco, falto luego de elocuencia en semejantes circunstancias. Cuantos hayan pasado por ello, podrán testimoniar seguramente acerca de la exactitud de estas observaciones.

Para unos párrocos, son aquellos instantes de suprema, de completa felicidad. Han logrado, merced a privilegios imponderables de la Providencia, llegar hasta ese día con el corazón libre del azote de las desgracias familiares, con vida riente y apacible. Y puestos en el púlpito, mientras toman posesión de aquel nuevo lugar de la parroquia, y al ensancharse sus horizontes con la adquisición del predio que el Cielo les reserva, experimentan ese gozo inefable, casi sobrehumano, de ver en torno suyo la casa entera que hubieran de dejar lejos para poder adquirir esa otra casa de sus fervores y entusiasmos.

¡Oh, dichosos los sacerdotes que reciben de lo Alto tan íntimas satisfacciones, logrando ver el cielo de su suerte sin sombras de tristeza, sin noches de desconsuelo!

Los más de los Curas vamos allí con el alma preparada para el llanto. Quisieran encontrar cuando miran, nuestros ojos, almas y personas que viven en el altar de nuestros afectos, y, al notar su ausencia y al palpar el vacío, la naturaleza, respetada por la gracia, reclama sus fueros, renace en sus exigencias, y ofrece, a impulsos de santo recuerdo, el tributo de un amor no extinguido en la entraña, el homenaje de los suspiros y la ofrenda de sus penas condensadas en el llanto, óbolo bendito en el cual se hermana toda la humanidad a la hora de sus pesares y tristezas.

Yo padecí esa desgracia, y aun me destrozó más, ver sostenerse a duras penas, como árbol medio tronchado por el huracán del tiempo, como sol que declina ya, la figura seca y apergaminada de mi viejecita, de mi santa madre, solita en su vejez y próxima a dar el adiós postrero a los que dejaba sobre la tierra.

Al encontrarse mis ojos con los de mi anciana madre, y al sorprender sus lágrimas, creí eran ellas algo así como expresión bendita de todas las penas, de todos los sacrificios y de todos los ya pasados sobresaltos; himno de gratitud al Cielo que tan singular consuelo le concedía; salmodia de oraciones y sarta de deseos satisfechos.

Eran más; eran... la dicha, el gozo y la alegría que, no cabiendo en su pecho, se escapaban de esa forma por la ventanilla de sus ojos... Y también, también un beso, casi el último, caído de su alma, allí, junto al Tabernáculo, con sabor de gloria y de gozo de próximas despedidas...

Dr. Hilario Herranz, Párroco.

Predicación

DOMINICA DECIMA SEXTA DESPUES DE PENTECOSTES

(Lc., 14, 1-10)

Si licet sabbato curare... Los fariseos procedían por rigorismo exagerado y ridículo en el respeto del sábado: como si el hombre hubiera sido hecho precisamente para el sábado. Muchos cristianos de hoy no estiman en nada la santificación de las fiestas.

Jesús quiso reformar el rigorismo farisáico; y hay que reformar ahora la negligencia cristiana.

1. — La obligación de santificar las fiestas. Se debe a Dios, tanto el culto interior del alma, cuanto el exterior de la fiesta. La criatura adora al Creador, Conservador, Padre. Es natural que Dios haya destinado un día particular para su culto privado y público.

El día escogido por Dios en el Antiguo Testamento, era el sábado; y así lo estableció en su ley, al pueblo judío. En el Nuevo Testamento, los Apóstoles, con la autoridad recibida de Dios, establecieron como día de santificación el domingo, en memoria de la Resurrección del Señor.

La obligación de la fiesta es grave. El Mandamiento de Dios es grave y absoluto. Además, el descanso dominical es necesario al cuerpo que ha trabajado 6 días; y mientras descansa el cuerpo, se acerca más el alma a Dios.

La profanación de la fiesta desprecia a Dios; escandaliza al prójimo; atrae el disgusto y el castigo de Dios sobre el profanador.

2. — El trabajo prohibido en las fiestas. Son las obras serviles y pesadas, que cansan el cuerpo. Se comete pecado grave haciéndolas más de dos horas... Peca el patrón que hace trabajar a sus obreros.

Es lícito escribir, estudiar, enseñar, viajar, vender, comprar, con la condición de oír la santa Misa. Se permite trabajar cuando interviene la piedad para con Dios, arreglar la Iglesia, o la caridad con el prójimo, curar enfermos, o una necesidad concreta, servicios públicos.

3. — La santificación de las fiestas excluye el trabajo y exige obras de piedad y de religión. La principal es la asistencia al Santo Sacrificio de la Misa, estando moralmente presentes a ella, con intención, con atención. Oír la palabra de Dios. Según el deseo del Concilio Tridentino, debería el cristiano añadir, la confesión y la comunión. La asistencia a los actos religiosos de la tarde, rosario, bendición, catecismo.

DOMINICA DECIMA SEPTIMA DESPUES DE PENTECOSTES

(Mat., 22, 34-46)

Quid vobis videtur de Christo?

Hæc est vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum. - (Jo., 16, 3). Quien conoce a Jesús, conoce a Dios, y sin embargo, ¿no se podría decir a muchos cristianos: «Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me?»

1. — ¿Quién es Jesucristo? Es Dios y Hombre.

Es Dios. *In principio erat Verbum. Omnia per Ipsum facta sunt. In Ipso vita erat et vita erat lux hominum.* — Es hombre. *Et Verbum Caro factum est, et habitavit in nobis... Propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de cælis et incarnatus est... ex Maria Virgine.*

Como Dios, es eterno e igual al Padre; como hombre, vino a la tierra hace 20 siglos. Como Dios está en todas partes; como hombre, está sentado a la diestra de Dios Padre; y está presente en el Sacramento del Altar.

Hay en Cristo dos naturalezas, la divina y eterna; y la humana que tomó bajando a la tierra. Las dos naturalezas están en una sola persona y está divina. Y así Jesús es verdadero Hijo de Dios, y la Virgen María es verdaderamente Madre de Dios. Misterio de poder y de amor. *Venite adoremus.*

2. — Jesús respecto de nosotros. Es Jesús, Salvador. *Ipse enim salvum fecit populum suum a peccatis eorum.* Jesús salvó con su muerte, para ello se hizo pasible y mortal. *Se nascens dedit socium — convescens in edulium — se moriens in prælium — se regnans dat in præmium.*

Jesús es, el *Agnus Dei qui tollit peccata mundi* — el *Pastor bonus dans animam suam pro ovibus suis.* Es camino, verdad, vida, luz, resurrección. *Sic nos amantem, quis non redamaret?*

3. — A Jesús debemos adoración, gratitud, amor, obediencia, imitación. *Exemplum dedi vobis. — In me manet et ego in eo.*

DOMINICA DECIMA OCTAVA DESPUES DE PENTECOSTES

(Mat., 9, 1-8)

Confide, fili; remittuntur tibi peccata tua.

1. — ¿Quién remite los pecados? Sólo Dios, ofendido personalmente por el pecado. La remisión es obra de su misericordia infinita. *Quis potest remittere peccata nisi solus Deus?*

Antes de Cristo, Dios no había comunicado a nadie, ni siquiera a los Profetas, el poder de remitir los pecados. Dice Natán a David: «*Transtulit Deus peccatum tuum*». Cristo ejercita ese poder en la Magdalena, en el paralítico, en la adúltera. Cristo hizo más: porque *apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei.* Comunica la prerrogativa Divina a la Iglesia. (Obispos,

Sacerdotes). *Accipe Spiritum Sanctum quorum remiseritis peccata, remittuntur eis et quorum retinueritis, retenta sunt.* (Jo., 20-23).

Así hay en la tierra ministros de Dios, Jueces en el tribunal de la penitencia, instrumentos de la potencia de Dios, que dicen: «*Ego te absolvo*», con la misma virtud con que Cristo dijo al paralítico *remittuntur peccata tua.*

2. — Extensión de ese poder. — El bautismo que quita el pecado original y los pecados personales en los adultos que se bautizan, se da una sola vez. La penitencia es, como dice San Jerónimo, *secunda tabula post naufragium.* Grande es la fragilidad humana; más grande es la bondad divina. *Quoties dimittam? Non dico tibi septies, sed septuagies septies.* No hay límite en la calidad de los pecados: *Quæcumque solveritis.* Los pecados irremisibles, no lo son por sí mismos, ni por falta de poder en la Iglesia, sino porque falta la disposición de verdadera arrepentimiento en el pecador.

3. — El gran beneficio. Para comprenderlo del todo, habría que comprender la malicia del pecado. Dios no perdonó a los ángeles rebeldes, y perdona al hombre pecador. Misterio de misericordia. *Noli amplius peccare.*

DOMINICA DECIMANONA DESPUES DE PENTECOSTES

(Mat., 22, 1-14)

Simile est Regnum Cælorum.

En el bautismo se celebraron las místicas bodas de Cristo con el alma cristiana: *Sponsabo te in fide.* En este acto contrajo el Cristiano grandes obligaciones y hay que cumplirlas.

1. — Lo que recibimos de Cristo en el bautismo. — La vida nueva, sobrenatural, divina. *Nova creatura in Deo.* El alma quedó purificada, hermosada, hecha templo de la Trinidad. Por el bautismo nos hacemos hijos de Dios adoptados por él: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominetur et simus.* En el bautismo se nos dió el derecho al Reino de los cielos. El pecado había cerrado las puertas; la Pasión y muerte del Señor las abre con la expiación. *Volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum. Si filii et heredes... hereditas mea præclara est mihi.*

2. — Lo que en el bautismo prometimos. — Renunciar a Satanás, a sus pompas, a sus obras de pecado. *Nemo potest duobus dominis servire. De mundo non estis, aunque vivimos en el mundo. Nolite ergo diligere ea quæ in mundo sunt.* Prometimos abrazar la fe de Cristo y vivir de ella. No basta creer. *Dæmones etiam credunt, et contremiscunt.* (S. Agustín). *Hoc sentite in vobis quod in Christo Jesu.*

Prometimos vivir de la vida de Cristo. *Quicumque baptizati estis in Christo, Christum induistis.* — *Vita Jesu manifestetur in vobis.* Pero se dirá tal vez del cristiano: *Nomen habes quod vivas, et mortuus es.*

DOMINICA VIGESIMA DESPUES DE PENTECOSTES

(Joa. 4, 46-53)

Credidit ipse et domus ejus tota.

El oficial correspondió a la gracia y tuvo fe en Cristo, profunda y activa.

1. — La fe. — Es la virtud sobrenatural por la cual, fundados en la autoridad de Dios, creemos lo que él ha revelado y nos propone por medio de la Iglesia. La fe es un don gratuito que Dios nos da. Recibimos ese don en el bautismo, y correspondiendo por nuestra parte, la hacemos meritoria, racional y vigorosa. La fe se desarrolla y se conserva por medio de la vida pura y santa; recibiendo los Sacramentos; oyendo la palabra de Dios. Y se pierde descuidando los deberes del cristiano, entregando la inteligencia al error, y el corazón al mal; leyendo libros malos; tratando con los incrédulos.

Dilexerunt magis tenebras quam lucem — omnis qui male agit odit lucem et non venit ad lucem, ut arguantur opera ejus. — vocavit nos in admirabile lumen suum.

2. — El objeto de la fe. Lo son todas las verdades que Dios ha revelado y que la Iglesia nos propone: puesto que ella, es el órgano infalible establecido por Dios para darnos a conocer las verdades de la fe.

Hay verdades necesarias *necessitate medii*; la existencia de Dios remunerador, Cristo Redentor. *Hæc est autem vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum.*

Otras verdades son *necessitate præcepti*: el credo, los mandamientos de Dios, y de la Iglesia; los sacramentos, la oración dominical.

3. — Cualidades de la fe. — Debe ser sobrenatural; es decir, fundada no en motivos humanos, sino en la autoridad infinita de Dios revelador.

Por eso la fe será firme; porque se funda en la firmeza de Dios. — Será sencilla: *scio cui credidi et certus sum*. Será entera sin excluir ninguna verdad revelada. Será activa, aplicada a nuestra conducta de la vida. *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est.*

SEÑOR SACERDOTE: En bien de la niñez propague
"LA CRUZADA"

Pida propaganda gratis a "BUENA PRENSA". - Donceles 99-A

Apartado 2181. - México, D. F. - Suscripciones:

Un año \$ 5.00

Seis meses \$ 2.50

SECCION DOCUMENTAL

Bendición Papal

RITUS BENEDICTIONIS PAPALIS SUPER POPULUM ELARGIENDÆ SERVANDUS A SACERDOTIBUS, QUIBUS A S. SEDE HUIUSMODI FACULTAS INDULTA EST

1. — Admonetur populus de ecclesia, die et hora, qua dabitur pontificia Benedictio. Postquam populus, ad ecclesiam convenit, ad contritionis et devotionis sensus pio brevique sermone excitetur. Mox vero Sacerdos, nullis circumstantibus ministris, superpelliceo et stola alba indutus, ante altare genuflexus, sequentibus versibus Dei opem imploret.

V Adjutorium nostrum in nomine Domini.

R Qui fecit caelum et terram.

V Salvum fac populum tuum, Domine.

R Et benedic hereditati tuæ.

V Dominus vobiscum.

R Et cum spiritu tuo.

Deinde stans sequentem recitet orationem:

ORATIO

Omnipotens et misericors Deus, da nobis auxilium de sancto, et vota populi huius, in humilitate cordis veniam peccatorum poscentis tuamque benedictionem præstolantis et gratiam, clementer exaudi: Dexteram tuam super eum benignus extendere, ac plenitudinem divinæ benedictionis effunde, qua, bonis omnibus cumulatus, felicitatem et vitam consequatur æternam. — Per Christum Dominum Nostrum.

R Amen.

2. — Postea, ad cornu Epistolæ accedat; ibique stans, una benedictione, unico videlicet signo crucis, benedicat, proferens alta voce, hæc verba:

Benedicat vos, omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus. — Amen.

3. — Sacerdotes qui facultate gaudentes impertiendi Benedictioem Papalem formulam præscriptam servent; hac facultate non utantur nisi in designata ecclesia; non autem eodem die et loco quo Episcopus eam impertiat.

URBIS ET ORBIS

Cum ex benigna Summi Pontificis concessionem Sacra Penitentiaria Apostolica, peculiaribus in adjunctis et circumstantiis ex-

tra ordinem concurrentibus, facultatem Benedictionem Papalem una cum Indulgentia plenaria impertiendi sacerdotibus concedere soleat, Emus. et Rvmus. D. Cardinalis Lauri, Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Camerarius et Pœnitentiarius Maior, Sacram hanc Rituum Congregationem rogavit ut formulam, qua præfata Papalis Benedictio fidelibus impertiri posset, statuere dignaretur.

Sacra autem Rituum Congregatio, præ oculis habens ritum, qui in ipso Rituali Romano (tit., VIII, cap. 32), invenitur, Regularibus uti concessum, Benedictionis Apostolicæ statis diebus super populum elargiendæ, audito Specialis Commissionis Liturgicæ suffragio, huius ritus formulam in posterum ab omnibus sacerdotibus, sive sæcularibus, sive regularibus, qui speciali Sedis Apostolicæ gaudent Indulto Benedictionem Papalem cum Indulgentia plenaria elargiendi, adhibendam ac servandam esse retinuit.

Facta autem supra his omnibus, infrascripto Cardinali Sacrorum Rituum Congregationis Præfecto relatione Sanctissimo Domino Nostro, Pio Papæ XII, die 6 Martii 1940, Sanctitas Sua votum Sacræ Congregationis benigne approvabit illudque publici iuris fieri mandavit. Contrariis non obstantibus quibuscumque.

Datum Romæ ex Sacra Rituum Congregatione, die 12 Martii a. 1940.

† C. Card. Salotti, Episc. Prænest., Præfectus.

L † S. A. Carinci, Secretarius.

(A. A. S. — 25 Maii, a. 1940. — P. 199).

Diocesanos

● CHILAPA. — Circular N° 55. — 17 de Julio de 1940. — El Excmo. Sr. Obispo Diocesano, me ordena manifestar a Uds. lo siguiente:

La paz verdadera de las sociedades vendrá del divino corazón de Cristo. Es necesario, pues, pedirle su Reinado en nuestra sufrida Nación, que es la Patria de Santa María de Guadalupe. Para conseguir este fin, adjunto, por disposición de Su Excia., los correspondientes opúsculos, cuyas oraciones, devotamente rezadas en la Hora Santa, darán ocasión a las almas de acercarse, por medio de la Santísima Virgen de Guadalupe, a Nuestro Señor, para hacerle sus peticiones con dolor y con confianza. Esta oración uniforme, por medio de María, moverá misericordiosamente al Divino Corazón de Jesús, en favor de nuestra Patria. — Se excita pues, el celo de los VV. Cers. Sacerdotes, para arrancarle al cielo, con oraciones y desagrazios, la paz que la tierra no sabe dar.

● MEXICO. — Circular N° 14. — Encontrándose, desde ha-

ce algún tiempo, el M. I. Sr. Oficial (Provisor) del Arzobispado, Canónigo Dr. D. Tomás Twaites, bastante delicado de salud, y no pudiendo por más tiempo continuar desempeñando cargo de tanta atención y responsabilidad, ha presentado ante el Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo la renuncia de dicho cargo; por lo que el mismo Excmo. Sr. Arzobispo se ha vuelto obligado, no sin grande pena, a aceptar la expresada renuncia y para cubrir esta vacante ha tenido a bien nombrar Oficial (Provisor) del Arzobispado de México, al M. I. Sr. Arcipreste de la Insigne y Nacional Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe, Lic. D. Saturnino Pineda, advirtiéndole que sigue además en su cargo de Pro-Vicario General de este Arzobispado, que seguirá desempeñando.

● VICARIATO APOSTOLICO DE LA BAJA CALIFORNIA. —

Muy R. P. D. Gregorio Alfaro M. Sp. S. — Presente. — En acatamiento a lo prescrito por nuestra Madre la Santa Iglesia en el Código Canónico, Can. 309, después de haber encomendado el asunto a Ntro. Señor y de haberlo pensado maduramente, hemos tenido a bien, nombrar a V. R. Pro-Vicario Apostólico de la Baja California, con todos los deberes y derechos que le competen a norma de los Sagrados Canones.

Este nombramiento se publicará en el Boletín eclesiástico del Vicariato.

La Paz, B. C., a 25 de diciembre de 1939.

Felipe Torres, M. Sp. S. Admor. Apco. Permanente del Vicariato Apco. de la Baja California.

Ensenada, B. C., a 16 de Julio de 1940.

Modesto Sánchez, M. Sp. S., Oficial Mayor.

En acuerdo de hoy, dispone el Ilmo. y Rvmo. Sr. Administrador Apostólico de la Baja California, se ponga en conocimiento de todos los fieles, que el próximo día 7 de Octubre correspondiente a este Vicariato, la Peregrinación, a la Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe en México y la celebración de una fiesta lo más solemne posible en ese día, para obsequiar a María Santísima, moviéndonos a todos, el amor hacia Ella.

Desea el Ilmo. Sr. Administrador Apostólico, ya que es la primera vez que se hará esta Peregrinación, que vaya el mayor número de fieles a postrarse ante la Virgen Morena, Nuestra Madre, Reina y Patrona.

Suplicamos atentamente a nuestros lectores que compren lo que necesiten en las casas que se anuncian en "Christus" y recomienden esta revista a otras casas para que se anuncien. ¡Gracias!

Bibliografía

● **TRATADO ELEMENTAL DE PEDAGOGIA CATEQUISTICA.** — Daniel Llorente. — 22 x 14 cms. — 621 págs. — De venta en «BUENA PRENSA» Donceles 99 A. o apartado 2181, México, D. F. — Ejemplar: \$ 8.00

Tenemos a la vista la Cuarta Edición de esta obra meritísima del sabio pedagogo catequista, D. Daniel Llorente, Profesor de Pedagogía Catequística en la Universidad de Valladolid. En su género es la mejor obra que conocemos en castellano: su erudito autor tiene dominio sobre la materia, no sólo teórica, sino prácticamente, pues se ha dedicado a ella, por más de treinta años de una vida laboriosa; sigue un plan científico y detallado, con innumerables notas documentales y explicativas de gran luz para los estudiantes o catequistas; las cualidades del método, las encontramos en esta obra: unidad, orden y claridad. En las cincuenta y tres lecciones de su obra, trata Llorente, des-

● **HOMENAJE A LA MEMORIA DE MONS. EUGENIO OLAZ EN EL CUARTO ANIVERSARIO DE SU MUERTE.** — 22 x 15 cms. — 96 págs.

El nombre de Mons. Olaz vive en la memoria de los hombres, tanto en la Diócesis de León, como fuera de ella. La razón es que sus obras quedan, testigos vivos y monumentos perdurables.

La formación del Clero y las dos Congregaciones de Religiosas, de vida no sólo activa, sino de abnegación grande y de sacrificio continuo, perpetuarán el nombre y la personalidad celosa e incansable del digno y eminente Eclesiástico de León.

● **LA RELIGION DE ISRAEL. — HISTORIA DE TODAS LAS RELIGIONES.** — Adolphe Lods. — 21 x 14 cms. — 256 págs. — De Venta en «La Librería Hachette S. A.» Maipu 49. — Buenos Aires, Argentina.

La obra de Lods, debe ser calificada como obra pésima. El autor, hombre de talento, de profundos conocimientos históricos y de erudición abundante, escritor ameno; examina la materia que se propuso escribir con una serenidad aparente y un equilibrio des-

pués de los preliminares, de la Organización, la Disciplina, Didáctica Catequísticas: Formación Moral y Religiosa, Metodología Especial e Historia de la Catequesis, abarcando toda la gama de Catequesis, escogiendo los mejores métodos prácticos. Creemos que ninguno de los VV. Sres. Sacerdotes que preocupándose por las almas de los niños, trabajan por formar verdaderas folanjes de Catequistas, pueda fácilmente prescindir de esta Obra; hemos sabido que en algunas partes se tiene como libro de Texto en las clases para Catequistas. Esta Cuarta Edición está casi al día y con los retoques necesarios y lógicos, en relación con la primera que se hizo en 1928.

Benjamín A. Paredes, SS. CC.

El libro también cumple su misión de memorial. Presenta en las imágenes mudas fotográficas, la figura del hombre desde la temprana juventud hasta los últimos días de la vida. La figura fotográfica parecen revivir en los discursos de sus admiradores.

La Iglesia de León y la de toda la República conservarán el recuerdo y emularán el ejemplo sacerdotal del Ilustre Sacerdote.

S.

concertante. El lector arrebatado por el peso de sus conocimientos, apenas se siente tentado a poner en duda lo que lee: todo lo que lee es un venusto activismo contra las verdades fundamentales de la fe cristiana. La religión de Israel es una de tantas reli-

giones de la antigüedad, con sus tantas y tantas concepciones sobre la divinidad y su culto; ni siquiera conocían el monoteísmo: la Sagrada Escritura no es sino una serie de relaciones, más o menos históricas, pero llenas de errores, de mitos y de leyendas; los profetas no son sino adivinos o predicadores más o menos políticos, más o menos religiosos; el culto, la ley, el sacrificio, meras invenciones humanas. Yahvé, uno de tantos diosesillos de la infancia antigüedad oriental, el Mesías en mito, la religión de Israel, algo así

como lo que pudiera ser la de Confucio. Todo esto lo lee el lector poco avisado sin la menor sospecha, con gravísimo peligro para su fe. Libro detestable y dañisimo, que de ninguna manera puede ponerse en manos de la mayoría de los lectores y que merecería estar en el índice de los libros prohibidos.

Ejemplo típico de la ciencia puesta a servicio de la irreligión y de la impiedad.

Eduardo Iglesias, S. J.

● **PHILOSOPHY OF THE STATE. — PROCEEDINGS OF THE AMERICAN CATHOLIC PHILOSOPHICAL ASSOCIATION. — Fifteenth Annual Meeting. — December 28 and 29, 1939. — The Office of the History of the Association the CATHOLIC UNIVERSITY OF AMERICA. — 23 x 15 cms. — 292 págs. — Ejemplar: Dolls. 1.50.**

El volumen XV de la colección editada por la Sociedad Americana Católica de Filosofía, incluye los estudios

Como sucede en recolecciones de trabajos como la que presenta el volumen de la Sociedad de Filosofía, el valor de ellos varía mucho. Los trabajos presentan una síntesis sobre la filosofía del Estado. El prejuicio, perfectamente explicable en un ciudadano norte-americano, domina casi todos los trabajos y lleva a sus autores a defender tesis, que aun supuestos todas las calidades que en la exposición de ellas se encuentran, no están conformes con la verdad filosófica. Hay confusiones en el artículo de Trunk sobre la filosofía de los derechos civiles, y un partidismo nocivo. A pe-

los tenidos en la convención XV anual, la parte principal de los estudios está dedicada a la Filosofía sobre el Estado. Aun de toda la buena intención, el artículo de Briggs sobre la filosofía del Estado democrático, nos parece infundado y flojísimo. Es notable el artículo de Gurian.

Inaceptable, por su exageración y lo gratuito de los fundamentos es el tema presentado por Adler, que lleva al autor a la peregrina tesis de que la democracia es la mejor forma de gobierno, y lo que es aún peor, que la democracia es el único sistema que puede aceptarse para que en la sociedad se dé un estado bueno.

Eduardo Iglesias, S. J.

● **LA SANTA DEGLI ITALIANI. — (Caterina de Siena). — Por Giovanni Bitelli. — 21.5 x 14 cms. — 360 págs. — Ejemplar: 10.00 (Liras). — De venta en «Società Anonima G. B. Paravia & C.». — Corso Vittorio Emanuele II, 199. — Torino, Italia.**

El libro reproduce la imagen palpante de una santa virgen religiosa dominica, muerta en 1380 a los 33 años de edad. Es verdad que esa imagen tan viva, resulta poco inteligible en el ambiente religioso actual, tan diferente del ambiente del siglo XIII.

Aquí era un tiempo de hierro, de anarquía, de brutalidades materiales y morales; y no nos podemos repre-

sentar tan fácilmente ahora un alma religiosa, genial, ardiente y dinámica, entregada místicamente a Dios con impulsos sublimes de perfección, y mercedada por otra parte en mil contiendas humanas de guerras y de divisiones y convertida en mensajera de paz en medio de un mundo en guerra, para dar consejos a grandes personajes y al mismo Papa, el cual estaba enton-

tes encerrado en Aviñón, lejos de su Sede natural, Roma. Y vemos al Papa que oye, se persuade y casi obedece a la imperiosa voluntad de la santa de Sena.

Es un milagro de Dios y es que Dios, entonces y siempre, se vale de los instrumentos más débiles para salvar la Iglesia fundada por Él y para aumentar su gloria.

El autor, es un escritor fino, que trata con amor, esa vida maravillosa de una santa y patriota. Sin alardes cri-

ticos se ha valido de los frutos de la crítica histórica para delinear en un estilo precioso y eficaz la poderosa figura de la virgen pacificadora.

El Papa Pio XII acaba de declarar a San Francisco de Asis y a Santa Catalina de Sena, como Patronos nacionales de Italia; y precisamente este libro posee en evidencia la acción profunda y permanente de la Patrona de una nación que fue y deberá ser siempre cristiana.

SIC.

● MARINA PORTUGAL. — (Trazos biográficos). — Por Don Joaquín G. de Luna, O. S. B. — 18.5 x 13 cms. — 64 páginas. — Ejemplar: \$2.50 moneda brasileña. — De venta en las «Escolas Profissionais Salesianas Alamo». — Barao de Piracicaba, 560. — Sao Paulo. — Brasil.

Verdaderamente es Dios admirable en sus santos. He aquí los rasgos de la vida de una niña de once años de edad y de los cuales diez, pasó en sufrimientos físicos soportados con espíritu de fe y con heroica abnegación, siendo lo más notable que sus padres eran de esos cristianos de nombre, que no practicaban su religión y que ni-

siquiera tenían una imagen religiosa en su casa; la niña fue instruida en sueños y así aprendió las primeras oraciones; cuando se preparaba a la Primera Comunión, voló a los Cielos. El Señor se ha dignado glorificarla después de muerte.

R. A. Paredes, SS. CC.

CHARLES M. SCHWAB.

hombre de talento y dinamismo extraordinarios, que pudo llegar a ser el más rico de Norte-América, a no estar dotado de singulares cualidades morales, a los 50 años de trabajo, calificaba lapidariamente de «piratas» a quienes por envidia o immoderado afán de lucro, pregonan ser los primeros, los únicos capacitados para lo mejor, y tratan de probar su acierto desacreditando lo que hacen otros; y daba gracias a Dios, por haber él contribuido a acabar por entonces con esas prácticas comerciales que denuncian necesidad y torpeza en los negocios.

Así lo conceptúa también el V. Clero de nuestro país, cuando escucha las diatribas de los «piratas» contemporáneos en contra de las Velas de Cera «VERITAS», y las sigue prefiriendo por su excelente calidad, como lo ha hecho desde hace más de 20 años. Las fabrica Juan J. Paz, en la casa núm. 16 de la calle de Bahía de Santa Bárbara. — Colonia de la Verónica, de México, D. F.

Advertisement for Genimine Vitis wine, featuring a bottle image and a large stylized title. The text includes 'EL MEJOR VINO PARA CONSAGRAR' and a detailed testimonial from the Bishop of Guadalajara dated 1935. The bottle label reads 'Vino para Consagrar Genimine Vitis Elaboración Nacional Miguel Morágrega'.

HAGA USTED SU PEDIDO Y

PAGUEA SU COMODIDAD

DISTRIBUCIÓN EXCLUSIVO EN LA REPUBLICA:

miguel morágrega

CALLE JUAREZ 438. GUADALAJARA, JAL. APARTADO 399. SE SIRVEN PEDIDOS A CUALQUIER LUGAR DE LA REPUBLICA.



CHRISTUS

REVISTA MENSUAL

Registrada como artículo de 2ª clase en la Admón. Central de Correos de México el día 3 de Enero de 1936

DIRECTOR: Mons. Gregorio Aguilar.

SECRETARIO GENERAL: José C. Rovey, S. J.

Suscripción Anual

México, América y España: \$ 5.00, moneda mex., ó 1.50 dólares.

En los demás países: 2 dólares.

REDACCION Y ADMINISTRACION: "BUENA PRENSA"

Donceles 99-A

México, D. F.

Apartado 2181

El Libro del año

Lo es y con todo derecho la

"Historia de la Nación Mexicana"

Por el P. Mariano Cuevas, S. J.

Ninguno de nuestros historiadores tiene la preparación, documentación, formación literaria y prestigio bien asentado —con su monumental obra «Historia de la Iglesia en México» única en su género— y por lo mismo la

"Historia de la Nación Mexicana"

es una obra excelente:

bien documentada, amena, crítica, exquisitamente presentada, de consulta y al mismo tiempo de interesante y agradable lectura, ilustrada, y en una palabra: única en su género.

Ejemplar de más de 1,000 páginas con 70 grabados, hermosas tricromías y lujosamente empastado: \$ 30.00.

Adquiéralo usted hoy mismo.

Pedidos a:

UNICAMENTE se hacen los envíos, C.O.D. o por correo reembolso, o enviando el importe al hacer el pedido; en este último caso, los gastos de correo, son por nuestra cuenta.

«BUENA PRENSA»

Donceles 99-A

MEXICO, D. F.

Apartado 2181